

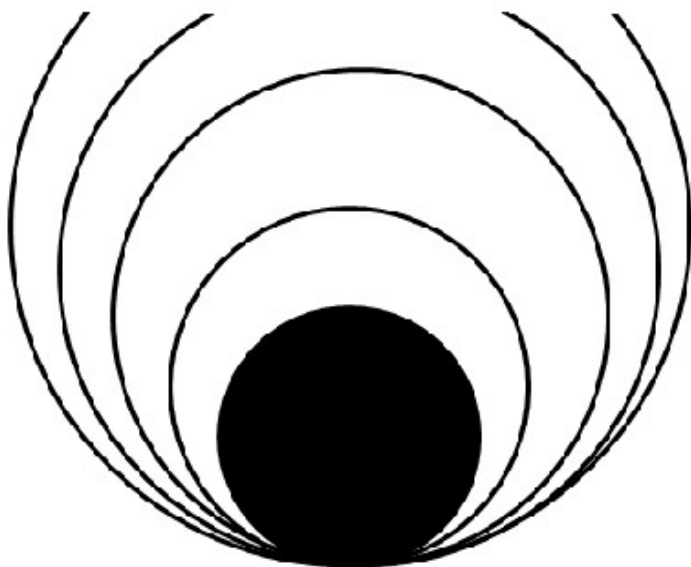
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Clark Carrados





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

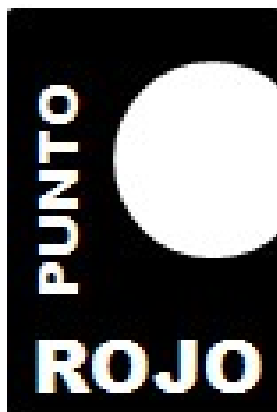
En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.745 — Barro rojo, barro de sangre.

- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.604 — Con la cabeza en las manos.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.658 — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
1.030 — Derrota y victoria.
- En Colección BRAVO OESTE:
626 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
995 — La casa del páramo.
- En Colección COLORADO:
1.069 — Unidos por el odio.

CLARK
CARRADOS

LA ÚLTIMA OPORTUNIDA

Colección PUNTO
ROJO n.º 997
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO**

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B:13.331-1981

Impreso en España – Printed in Spain

1.ª edición: Junio, 1981

© **Clark Carrados 1981**

Texto

© **Enrique Martín - 1981**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA**, S. A. Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Los hombres eran dos, uno alto, delgado y de cara chupada, con gafas de color oscuro y pelo rojizo. El otro era más bajo, gordito y medio calvo, de ojos acuosos y rostro seboso. Las indumentarias eran corrientes, sin estridencias que pudieran ofender la vista de los

transeúntes. Charlaban animadamente, como dos buenos amigos entre los que no hubiera problemas de ninguna clase. Parecían contentos de la existencia.

Llegaron a un coche de aspecto también corriente, con un par de abolladuras en la carrocería gris azulada. El alto se sentó tras el volante, dio el contacto y pisó el pedal de gas. El vehículo se puso en marcha inmediatamente. Casi al mismo tiempo, otro automóvil, de color azul oscuro, arrancó detrás del primero.

El segundo coche iba conducido por un individuo de unos treinta y cinco años, con aspecto de oficinista bien situado. Mientras manejaba a través de la avenida, repleta de coches, el oficinista tarareaba una cancioncilla, acompañándose con un tamborileo de los dedos sobre el borde del tablero de instrumentos.

Los dos automóviles marcharon durante largo rato a través de rutas concurridas que, gradualmente, fueron haciéndose más fluidas. Al cabo de media hora, el coche gris tomó por una desviación que conducía a un camino secundario.

El automóvil azul oscuro siguió la misma ruta. Diez minutos más tarde, el coche gris pareció sufrir un accidente y, bruscamente, quedó atravesado sobre la carretera. El oficinista frenó a fondo para evitar la colisión.

El morro de su vehículo había quedado a menos de dos metros del costado izquierdo del coche gris. Sus dos ocupantes se apeaban ya,

— ¿Puedo ayudarles? —preguntó el oficinista.

—Sí —contestó el gordito.

Y sacó una pistola.

El primer disparo falló por medio metro. El alto y delgado también tenía pistola y resultó ser mejor tirador. Su bala atravesó el parabrisas y la frente del asombrado oficinista, quien tío tuvo tiempo apenas de enterarse de lo que le sucedía... Se estremeció con violencia y luego se dobló sobre el volante. El claxon empezó a sonar de inmediato, pero cesó en su estruendo cuando el gordito, acercándose en dos zancadas, agarró al muerto por los cabellos y lo echó hacia atrás.

—Tienes que entrenarte; tu puntería es detestable —dijo el alto.

—Tiré con demasiada precipitación —contestó el otro sin inmutarse.

Sus manos registraban ya las ropas del oficinista. En sus gruesos labios se dibujó una mueca de impaciencia.

—Sólo faltaría que no llevase...

—Lo tiene encima; lo que vimos no nos lo contó otra persona.

—Pero no le vimos dónde lo guardaba.

—Ahora tenemos todo el tiempo del mundo, no refunfuñes más, hombre.

Cuatro pares de manos revisaban nerviosamente las ropas del muerto. De súbito, se oyó una alegre exclamación:

— ¡Ah, aquí está!

Era el alto, quien sostenía en la mano una caja oblonga, negra, forrada de terciopelo. Los ojos del gordo chispearon,

—De modo que lo tenía...

—Sí, ahí.

—Debía de estorbarle para caminar, ¿no crees?

—Ahora ya no necesita caminar, compadre.

El hombre alto abrió la cajita. Lo que había en su interior, apoyado en un lecho de raso blanco, les quitó la respiración.

—Dios, qué espectáculo...

—Había oído hablar de él, pero nunca creí que tuviese la fortuna de verlo con mis propios ojos —dijo el gordito.

—Y de tenerlo en tus manos —rió el alto.

—Sí, es cierto. Oye, ¿cuánto crees que podremos sacar?

El alto se encogió de hombros.

— ¿Quién sabe? Ochocientos, novecientos mil... Quizá un millón... Pero por ahora no tenemos prisa en vender esta cosita tan maravillosa. Dentro de nada, el ambiente empezará a caldearse, se pondrá al rojo vivo... y será preciso aguardar a que se haya enfriado. Entonces, pensaremos cuánto podemos sacar de este hermoso trocito de cristal. Anda, vámonos ya; hemos estado aquí demasiado rato...

—Oye, convendría que sacásemos el coche del camino. Cuanto más tarden en encontrarlo, mejor será para nosotros.

—Sí, es una buena idea.

El muerto fue apartado a un lado. El gordito se sentó tras el volante, hizo arrancar el coche y lo metió en un prado, dejándolo al otro lado de unos arbustos. Luego volvió junto a su compinche y ambos iniciaron el regreso al lugar de donde habían salido.

* * *

Sentíase asombrado y desconcertado y hasta un poco asustado. Los dos hombres que le habían asaltado al llegar a su casa no habían despegado los labios en ningún momento, salvo en el primer encuentro, cuando le habían rogado, firme pero cortésmente, que les acompañara, petición que habla sido apoyada por sendas pistolas. Lear Sycamore había tenido que resignarse a lo que le parecía un incomprensible secuestro.

De su casa habían pasado a un lujoso «Rolls-Royce», que parecía tener la carrocería de plata pura y que estaba conducido por un elegante chófer de color. El Rolls había ido luego a un muelle, donde aguardaba un hidroavión bimotor, en el que habla sido introducido

sin más explicaciones. El hidroavión despegó de inmediato y, tras media hora escasa de vuelo, había amerizado junto a una isla cubierta por completo de vegetación.

Un elegante mayordomo, con chaleco a rayas gris oscuro y blancas, había acudido a recibirle, haciéndole subir después a un coche eléctrico, que se había movido por un sendero muy bien pavimentado y que corría bajo un túnel de verdor, apenas traspasado por los rayos solares.

Mil metros más allá de la orilla, el coche desembocó en una enorme explanada, cubierta de césped y en uno de cuyos lados se veía una mansión de fantasía. Al lado había una gran piscina, en la que se bañaba un individuo, al que no pudo ver la cara por el momento. Sycamore observó que el bañista estaba protegido por cuatro guardaespaldas, situados en distintos puntos, cada uno de ellos con una metralleta al puño.

El coche se detuvo junto a la casa y el mayordomo se apeó.

—Si el señor lo desea, puedo servirle algo de beber —dijo—. El señor Van Eakirt le atenderá en seguida.

—Whisky —pidió Sycamore—. Con dos cubitos de hielo, por favor.

—Sí, señor.

Había al lado una bien provista mesa, y el eficiente mayordomo preparó la bebida en cuestión de segundos.

—Le dejo solo, señor —dijo—. El señor Van Eakirt acudirá muy pronto.

Sycamore tomó un sorbo. Luego hurga en sus bolsillos y sacó tabaco y fósforos. Cuando había encendido el cigarrillo, vio que salía una mujer de la casa.

Era joven, muy alta, delgada, de formas suaves pero firmes, pelo dorado y piel tostada. La joven, calculó, no tendría más allá de veinticinco años y sus ojos grises escrutaron con curiosidad la figura del recién llegado, recorriendo con minuciosidad cada detalle de su cuerpo.

Sycamore dio una vuelta sobre sí mismo.

—Así podrá completar la observación, señora —dijo.

Ella sonrió levemente.

—No le había visto nunca, señor Morgan —manifestó—. Aunque había oído hablar mucho de usted —añadió.

—Exageraciones de los periódicos, señora...

—Señorita, Flavia Doringen —se presentó ella, sin dejar de mirarle.

Estudiaba con gran atención al hombre de metro ochenta y seis centímetros que tenía frente a sí, de pelo rubio, casi pajizo y rostro tostado por el sol, hasta el punto de que casi parecía mestizo de

blanco e india. Sycamore vestía sencillamente, cazadora de tela ligera y pantalones color claro, con una camisa abierta a cuadros. El calzado era cómodo, mocasines de color crema fuerte.

Flavia, por el contrario, apenas vestía. Toda su indumentaria eran dos diminutos trocitos de tela que cubrían apenas los breves pero bien formados senos y otro más abajo y no mucho mayor. El cabello caía en suaves ondas sobre sus desnudos hombros.

—Es usted un hombre muy guapo, señor Morgan —dijo Flavia tras una pausa.

—Tiene usted la misma opinión que mi santa madre, señorita Doringen contestó él jovialmente.

Flavia se echó a reír.

—Celebro su sentido del humor —dijo—. ¿Quiere servirme algo de beber?

—Gracias, lo haré yo —sonó de pronto una voz hombruna.

Sycamore se volvió. Estaba frente al bañista, quien había salido ya de la piscina y cubría su cuerpo orondo con una bata de felpa.

—Soy Van Eakirt —se presentó—. ¿Qué quieres, Flavia?

—Nada —contestó la chica, repentinamente seria—. Me dispensa usted, señor Morgan, ¿verdad?

Sycamore hizo una ligera inclinación de cabeza. Flavia dio median vuelta y desapareció en el interior de la casa. A su izquierda oyó tintineo de cubitos de hielo en un vaso y giró el cuerpo.

—Tiene su genio —comentó Van Eakirt.

—Todas las mujeres lo tienen —dijo el joven.

—Algunas, más que otras. Señor Morgan, ¿por qué no se sienta?

Había un par de tumbonas, con dosel protector, y Sycamore ocupó una. Van Eakirt tardó unos segundos en hablar, muy ocupado en encender un cigarro largo y delgado. Hasta que no vio que tiraba satisfactoriamente, no despegó los labios.

—Señor Morgan —dijo al cabo—, supongo que estará devanándose los sesos, porque no sabe para qué le he traído hasta aquí. ¿Me equívoco?

—Temí en el primer momento que se tratara de un secuestro. Luego me tranquilicé.

— ¿Por qué?

—Primero, no tengo medios de fortuna que interesen a unos secuestradores. Todo lo más, podrían limpiar mi cuenta de ahorros, en la que tengo unos ocho mil doscientos dólares. Por una suma semejante, nadie se arriesga hoy día. Y en segundo lugar, los secuestradores no suelen usar Rolls plateados.

—Muy inteligente —alabó Van Eakirt—, Señor Morgan, conozco su fama y reputación. Por eso está aquí. Y también para ganarse cien mil dólares.

—Soy un pésimo tirador. Hace diez años al menos que no uso una pistola.

Van Eakirt le miró asombrado.

—Bromea —dijo.

—Hablo muy en serio. Pero, dígame, ¿qué he de hacer para ganarme esos cien mil dólares? Eso sí me interesa muchísimo, puedo asegurárselo. Haría cualquier cosa... excepto matar a un semejante, a menos que fuese en defensa propia.

—No tiene que matar a nadie, a menos que sea en defensa propia, como acaba de decir —contestó Van Eakirt—. ¿Ha oído hablar alguna vez del «Sol Rojo»?

—No. ¿Qué es eso? ¿Algún rancho?

Sorprendentemente, Van Eakirt se echó a reír.

—Un rancho —repitió—. Me ofende su ignorancia, amigo mío. El «Sol Rojo» es un rubí y vale, tirando por lo bajo, un millón de dólares. Sycamore silbó.

—Siempre he deseado ver un millón de dólares en billetes, aunque, como es lógico, me conformaría con ver los cien mil dólares que ha mencionado. ¿Qué le pasa a ese pedrusco?

Van Eakirt dio una larga chupada a su cigarro.

—Es mío y me lo han robado —contestó.

CAPITULO II

Sycamore se levantó y fue hacia la mesita de los licores, pero se limitó a verter un poco de soda en su vaso. Después de tomar un trago, se volvió hacia el dueño de la casa.

— ¿Aquí? —dijo escuetamente.

—No. Lo llevaba un hombre de toda mi confianza, Han Myers. Hace dos días fue encontrado su cadáver, en un lugar desierto, dentro de su propio coche. Myers tenía un balazo en la frente y hada ya una semana que estaba muerto.

—En el continente, supongo.

Van Eakirt asintió.

—Es decir, hace diez días que se produjo el asesinato y robo siguiente —dijo Sycamore.

—Sí, aproximadamente.

—Y usted quiere que yo encuentre el rubí...

—Ahora le daré un cheque para gastos, no deducible de los cien mil dólares de recompensa —dijo Van Eakirt—. ¿Tendrá bastante con cinco mil para empezar, señor Morgan?

—Desde luego. Pero, dígame, ¿qué tenía el «Sol Rojo» para valer la increíble cifra de un millón de dólares?

—Seiscientos sesenta y cinco kilates. Un quilate equivale a la quinta parte de un gramo, lo que significa que el peso de la piedra es de ciento treinta y tres gramos.

—Tan grande como su puño.

—Un poco menos, pero vaya... —sonrió el anfitrión

Sycamore estudió unos instantes a Van Eakirt. Metro setenta y cinco, calculó, noventa kilos, lo que significaban quince de exceso... pero, sin embargo, todavía fuerte y, lo que era más aún, peligrosamente astuto y absolutamente despiadado. «Un mal enemigo», resumió así sus pensamientos.

— ¿Cómo ocurrió la cosa? —preguntó.

—Myers tenía la piedra porque debía llevarla a Ámsterdam, en donde la dividirían en otras menores. Era demasiada grande y yo quería hacer un buen regalo a... Bueno, eso no importa. El caso es que se la robaron y yo quiero recuperarla, eso es todo lo que le interesa a usted.

— ¿Sabe algo acerca de los ladrones?

—He podido averiguar que tenían un apartamento contiguo al de Myers. No sé más.

—Me dará la dirección de ese apartamento, supongo.

—Claro.

—Por cierto, ¿qué hacía Myers con la piedra en su poder, en lugar de llevarla a Ámsterdam inmediatamente?

—Cuando llegó a Miami, se enteró de que el tallista estaba en Nueva York, requerido para un trabajo especial. Myers, repito, gozaba de toda mi confianza. Dividir una piedra preciosa en otras menores y luego tallarlas no es tarea sencilla y él quería que la realizase precisamente ese tallista.

—Comprendo. Por eso aguardaba a que el tallista hubiese terminado en Nueva York.

—Exactamente.

—Y en el intervalo, unos tipos...

—Dos —puntualizó Van Eakirt.

—Dos tipos le volaron los sesos y la quitaron la piedra.

—Eso es lo que sucedió. Señor Morgan, voy a decirle algo sumamente importante. Soy generoso hasta el derroche con quienes me son fieles, pero... ¿Quiere saber qué les sucede a quienes me traicionan?

—Los elimina de este mundo, supongo —contestó el joven con indiferencia.

Van Eakirt se levantó bruscamente.

—Sígame —dijo.

Sycamore echó a andar detrás del anfitrión. Este cruzó la explanada, atravesó un trozo de bosque, bajó por una pendiente y se detuvo al fin ante un roquedal, que parecía surgir de la alfombra de verdor que inundaba la isla. El conjunto de rocas tendría unos doscientos metros cuadrados y su máxima altura llegaba a los veinticinco metros.

Al pie había una cueva, cerrada por una reja de sólidos barrotes. Al otro lado, Sycamore, estupefacto, divisó a un hombre.

El sujeto yacía sobre un montón de paja húmeda y hedionda. Vestía unos harapos que apenas si cubrían lo más indispensable y tenía el pelo hasta los hombros, sucio y greñudo, lo mismo que la barba, que casi alcanzaba a su pecho. Al fondo, Sycamore divisó un cántaro y un plato vacío.

—Este tipo me jugó una mala pasada hace tiempo —dijo Van Eakirt—. Pegarle un tiro habría sido un castigo demasiado liviano. Prefiero tenerlo aquí, enjaulado como una fiera y sometido a una dieta de pan y agua. Y así estará hasta que muera.

Sycamore se estremeció de horror.

—No... Usted no puede hacer eso...

Van Eakirt rió desdeñosamente.

— ¿No? Oiga, la isla está fuera de las aguas jurisdiccionales y rae pertenece de una forma absoluta. Nadie puede hacerme nada por mis acciones en la isla —contestó.

—Es horrible...

—Tiene treinta y cinco años. Puede vivir medio siglo... ¡y lo vivirá en esta cueva! —dijo el anfitrión rencorosamente.

Se volvió hacia Sycamore.

—Así que ya lo sabe. Si intenta traicionarme... haría construir otra cueva para usted —agregó.

—No le traicionaré, aunque habría de permitirme le diga que está equivocado. Mi nombre no es Morgan, sino Sycamore — declaró el joven.

* * *

Van Eakirt abrió los ojos y la boca, completamente estupefacto por lo que acababa de escuchar.

—Pero... usted...

—Lo siento mucho —sonrió el joven—. Sus esbirros no me hicieron ninguna pregunta. Simplemente, llamaron a la puerta de mi casa y me encañonaron con sus pistolas.

— ¡Les dije que trajeran a Morgan! —aulló Van Eakirt.

—Se confundieron. Vive en el apartamento de enfrente.

—Y usted... me ha dejado hablar todo el rato... —El sujeto se ahogaba de ira—. ¿Por qué no me lo dijo desde un principio? —vociferó.

—Bueno, cuando vi que no se trataba de un secuestro, pensé que podía resultar divertido... Me dije que quizá se trataba de un sujeto excéntrico, una especie de sultán de las Mil y Una Noches, que deseaba recompensarme por mis bondades... Un filántropo, en suma.

—Yo no soy un filántropo ni nada que se le parezca —bramó Van Eakirt—, Y le he estado contando a usted cosas que no le interesan en absoluto...

Sycamore levantó una mano.

—Aguarde —dijo—. Quizá esta confusión resulte beneficiosa para usted. No soy tonto precisamente y creo que podría encargarme de recuperar la piedra. Los cien mil dólares me interesan enormemente y haría cualquier cosa por ganármelos. ¿Por qué no me da una oportunidad?

—Usted no tiene experiencia...

—Quizá, por esto estoy libre de prejuicios y ajeno por completo a la rutina detectivesca, podría triunfar allí donde Morgan seguramente fracasaría. ¿No se atreve a intentarlo?

Van Eakirt blasfemó hasta quedarse sin aliento.

—Puede que tenga razón —dijo al cabo—. Sí, quizá lo consiga... —De pronto, echó a andar—. Venga a la casa; le daré el anticipo... pero no olvide la cueva que haría construir para usted, si tratase de engañarme.

Sycamore arrojó una mirada al inmundo calabozo en donde se hallaba el prisionero y se estremeció.

—No tendrá ocasión de encerrarme —aseguró.

Fueron a la casa. Van Eakirt entró en un lujoso despacho, se sentó ante el escritorio y firmó el cheque, que entregó de inmediato a Sycamore.

—Por cierto, ¿cuál es su profesión? —inquirió.

—Vivo del subsidio de paro —contestó el joven sin pestañear.

Van Eakirt alzó los ojos al techo.

—Loco, debo de estar loco... pero debo aceptarle a usted como mi tabla de salvación —dijo.

Un cuarto de hora más tarde, Sycamore salía del despacho. En el vestíbulo se encontró con Flavia, vestida ahora con blusa y pantalones cortos.

— ¿Cómo ha ido la cosa, señor Morgan? —preguntó ella.

—Muy bien. Su padre se ha quedado muy sorprendido al saber que no soy Morgan

Flavia arqueó las cejas.

—No es Morgan —exclamó.

—Lear Sycamore, así me llamo —sonrió él—. Y su padre y yo hemos hecho muy buenas migas...

—No es mi padre —declaró Flavia.

Sycamore parpadeó.

— ¡Atiza!

Miró a la joven de pies a cabeza. Ella asintió.

—Sí, soy eso que está pensando —dijo sin inmutarse.

—Van Eakirt es un hombre de suerte —observó Sycamore.

El mayordomo apareció en la puerta.

—Señor, el avión aguarda —informó.

Sycamore dirigió una sonrisa a la joven.

—Debía haberlo pensando antes —dijo—. Su apellido no es el mismo que dé el Van Eakirt.

—He tenido mucho gusto en conocerle —respondió Flavia.

Sycamore echó a andar. El coche eléctrico aguardaba en la puerta. Momentos después, el hidroavión que le había traído hasta la isla, emprendía de nuevo el vuelo hacia el continente.

Sycamore sonreía para sí. Tenía la impresión de que le resultaría fácil recuperar el famoso rubí. Entonces, se ganaría cien mil dólares y...

Por el momento, sin embargo, se dijo, no debía hacerse demasiadas ilusiones, Van Eakirt era peligroso y, peor todavía, rencoroso hasta el límite, pensó, mientras recordaba la horrible estampa del hombre prisionero en aquella inmunda cueva.

¿Qué le había hecho a Van Eakirt, para merecer una condena de cárcel perpetua?

La pregunta, por el momento, no tenía respuesta. Pero ya lo averiguaría.

* * *

—Tengo entendido que el apartamento 6 F está libre — dijo Sycamore al día siguiente.

—En efecto, señor —contestó el conserje del edificio—. ¿Desea verlo?

—Si puede ser, me gustaría ya quedarme. Pagaré el anticipo necesario y me instalaré ahora mismo.

—Muy bien, señor, no hay el menor inconveniente. Sin ruda conoce la fama de nuestros apartamentos. En su precio, son de lo mejor...

—Sí, lo sé. Un amigo vivió aquí hace tiempo y me habló de este edificio muy elogiosamente. Por eso, cuando necesité mudarme, vine aquí directamente —contestó Sycamore. No reñía tal amigo que hubiese vivido allí, aunque el apartamento 6 F era el ocupado por los tipos que habían robado el Sol Rojo».

Minutos más tarde, abrió la puerta de su alojamiento. Llevaba en la mano un maletín con una muda y algunos objetos de aseo, equipaje que había juzgado imprescindible para desempeñar el papel de nuevo inquilino. Una vez dentro, cerró con llave, dejó el maletín a un lado y se quitó la chaqueta. A continuación, se aflojó el nudo de la corbata: ahora vestía con más elegancia, aunque tampoco sin demasiada exageración, que podría haber resultado contraproducente. Quería dar impresión de hombre modesto, pero no precisamente un pobretón.

Revisó el apartamento. Era de tipo corriente, amueblado en serie, si bien no le faltaba de nada para hacer una estancia cómoda. Los grifos funcionaban y la nevera estaba en marcha, aunque vacía. Al cabo de unos momentos, levantó el teléfono y marcó un número.

Una mujer le contestó a poco:

—Lea Dunn. ¿Quién es?

—Preciosa, habla Lear. Ya ves, sólo una letra de diferencia...

—Especie de canalla, no sé cómo te atreves a dirigirme la palabra —le apostrofó ella—. ¿De dónde sales, hijo de una muía sarnosa y de un orangután piojoso?

Sycamore se echó a reír.

—Estás enfadada conmigo y supongo que tienes motivos...

—Ah, sólo lo supones —cortó Lea—. Deberías tener la certeza de mi cólera, sinvergüenza. Está bien, ¿qué tripa se te ha roto ahora?

—La tripa se le ha roto a un tal Justus Van Eakirt. ¿Puedo ir a verte esta noche?

Lea demoró la respuesta unos segundos.

— ¿Te refieres a...? —habló al fin.

—Sí, al mismo.

— ¿Cuál es la tripa descompuesta?

—Reina, a la noche; por teléfono, la cita y es suficiente.

—O.K., rey de los desalmados. Pero tendrás que trabajar mucho para que se me pase el enfado.

Sycamore rió nuevamente.

—Soy tu más humilde esclavo —respondió.

— ¡Mentiroso!

Pero el joven colgaba ya el teléfono. Satisfecho del resultado, Sycamore se colgó un cigarrillo de los labios y empezó a examinar el muro del apartamento que tenía frente a sí.

Era el tabique de separación entre los dos apartamentos.

Allí había residido Myers una temporada, en espera de poder entrevistarse con el hombre que iba a tallar el «Sol Rojo». Resultaba evidente que los ladrones habían estado muy bien informados de todos los pasos de Myers. ¿Cómo lo habían conseguido?

Colgado de la pared había un cuadro. Dios dos pasos, lo apartó a un lado y entonces divisó un agujerito que no tenía más de dos centímetros de diámetro.

—Un buen método para espiar al vecino —murmuró, mientras aplicaba el ojo al orificio.

Y entonces vio al hombre muerto en el otro piso.

CAPITULO III

Que estaba muerto no cabía la menor duda. Sycamore lo vio sentado en un butacón, con la cabeza ligeramente doblada a un lado y las manos apoyadas en los brazos del mueble. Sobre la ceja izquierda tenía un agujero redondo, del que habla manado la sangre que, tras deslizarse por la cara, había llegado a la camisa y luego a los pantalones. Por lo que podía apreciar, no se divisaban manchas de sangre en el suelo.

El muerto aparentaba unos treinta y cinco años y había sido un tipo bien parecido. Sycamore, tras la primera impresión, reflexionó rápidamente.

Había una terraza común para ambos apartamentos, con una divisoria fácil de salvar, pero existía un inconveniente: estaba en la segunda planta y podía ser visto por mucha gente. No le darían importancia a la maniobra, pero si luego se sabía que había un asesinato en el otro piso, podía verse en conflictos que tenía interés en evitar.

Lo mejor era, se dijo finalmente, pasar a la noche y hasta mejor a la madrugada. No podía avisar a la Policía, porque le harían preguntas muy inconvenientes y le convenía evitar la curiosidad de los hombres de la ley. Pero cuando éstos registrasen el apartamento contiguo, verían el orificio y...

De pronto, reparó en un detalle. Sacó un lápiz y lo introdujo en el agujero. La punta tropezó con un obstáculo.

Sonrió. Había un cristal al otro lado. Seguramente, un espejo de doble función: reflector por un lado y transparente por otro. Los policías no sospecharían cuando hicieran el rutinario examen del lugar del crimen.

Fue a su maletín y sacó algo, regresando junto al agujero. La posición de la víctima era ideal. La pequeña cámara funcionó un par de veces. Tenía un objetivo muy sensible y Sycamore estuvo seguro de que había conseguido una buena imagen del muerto.

A continuación, puso el cuadro en su sitio. Fue al baño, se aseó un poco, agarró la chaqueta y se encaminó hacia la puerta.

Media hora más tarde, estaba en su propia casa. Allí tenía un pequeño laboratorio fotográfico, en el que se puso a trabajar de inmediato. Antes de cumplirse la siguiente hora, ya tenía un par de

excelentes fotografías del difunto. Con ellas en el bolsillo, se encaminó al lugar de la cita con Lea Dunn.

* * *

Estaba sentada ante el espejo de su tocador, con la pierna izquierda fuera del peinador que cubría mal su cuerpo opulento. Lea le miró agudamente a través del vidrio azogado.

—Ponte de rodillas, Lear.

Sycamore obedeció.

—Ahora, ven y bésame el pie —añadió ella.

El joven sonrió. Caminó de rodillas, llegó junto a la mujer, se inclinó y puso los labios en el pie. Pero, al mismo tiempo, elevó la mano derecha y le arreó un tremendo pellizco en el muslo.

Lea chilló y se puso en pie de un salto. Sycamore agarró sus piernas con ambas manos y dio una seca sacudida, que le hizo perder el equilibrio. Lea empezó a caer. Sycamore, no obstante, puso los brazos en la posición adecuada para evitar daños en la caída. Luego, cuando Lea estuvo sobre la alfombra, agarró el peinador con ambas manos y lo rasgó de un par de tirones.

—Pero, ¿qué diablos estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? —protestó Lea.

Sycamore empezó a quitarse la chaqueta.

— ¿Te han violado alguna vez?

—No... Oye, ¿es que...?

—Sí—contestó él secamente.

—La alfombra era gruesa, suave, cálida. Pasado un buen rato, quedaron relajados, en silencio, fumando sendos cigarrillos.

—Debo de estar loca —dijo Lea por fin—. En lugar de echarte a patadas, permito que me violes...

—Con mucho gusto, he podido apreciar —rió él.

—Lo admito. Pero esto nuestro tiene que acabar, Lear.

— ¿Por qué, encanto?

—Seamos sinceros. Tú y yo nos gustamos y nos damos placer recíprocamente. Los encuentros son muy agradables, sobre todo, después de un tiempo de separación. Tú no me haces preguntas indiscretas a mí ni yo te las hago a ti. Y, sin embargo...

— ¿Qué, Lea?

—No estamos hechos el uno para el otro. Ahora lo pasamos bien, porque somos jóvenes... Bueno, yo tengo un par de años más que tú, si bien es algo que no importa demasiado. Pero los años pasan... y pesan y entonces una persona quiere compañía estable, sin explosiones sensuales, aunque sin privarse tampoco de algo que sabe tan... rico.

— ¿Puedo saber adónde te llevan esas reflexiones, querida?

—A decirte que es la última vez que estaremos juntos —contestó Lea firmemente—. Yo tengo mi negocio, es excelente, rentable, legal... pero un día me cansaré, lo traspasaré y... Bueno, quizá me compre una granja y viva retirada en el campo.

—Si lo vendieras ahora, yo me iría contigo...

—No —Lea se volvió y le besó suavemente en los labios—, No resultaría y tú lo sabes bien. Antes de un año, nos habríamos cansado el uno del otro y nuestra vida sería un infierno. Terminemos ahora, cuando todavía podemos hacerlo sin demasiado dolor. ¿Lo comprendes, Lear?

Sycamore suspiró.

—Eres terriblemente... sincera —contestó—. Y, la verdad, creo que tienes razón.

—Gracias, Lear. Yo soy así, no le des más vueltas.

—De acuerdo. Pero, al menos, ¿no podemos despedirnos...?

Lea le miró y sonrió maliciosamente. De pronto, dio una vuelta completa y se puso encima de él.

—Claro, buen mozo —dijo ardientemente—. Procuremos que sea una despedida memorable.

Lo fue y mucho más tarde, Lea se puso una bata y él empezó a vestirse.

—De todos modos, antes de marcharme, quiero que me hagas un favor —dijo Sycamore.

Sacó las fotografías que había tomado del muerto y se las enseñó. Lea se quedó atónita al verlo.

— ¡Cristo! —exclamó—. Es Johnny Fohler.

— ¿Lo conocías?

—Me suministraba las bebidas para el local. Oficialmente, era vendedor de licores, aunque tengo la sensación de que hacía otras cosas mucho menos legales. Sin embargo, conmigo siempre se portó muy bien...

— ¿No intentó conquistarte?

Lea sonrió.

—No le gustaban las mujeres —respondió— Me lo dijo él claramente.

—Bueno, el mundo está hoy día vuelto al revés —dijo Sycamore con acento filosófico—. ¿Crees que ha podido tener alguna relación con el robo del «Sol Rojo»?

Lea se mordió los labios.

—No me extrañaría —murmuró.

Ella conocía ya los detalles del caso. Sycamore esperó a que continuase hablando.

Al fin, Lea dijo:

—Voy a darte un nombre, del que quizá puedas conseguir algo.

Dile que vas de mi parte, ¿comprendes? Yo no conozco a los ladrones de la joya, pero quizá Marty Rixdale pueda decirte algo al respecto.

— ¿Quién es el tal Rixdale?

—Trafica en todo lo que puede dejarle un Centavo de beneficio. Vive en la Cuarta Avenida, hacia el final, en una vieja tiendecita que parece comida por la polilla, pero no te fíes; Marty podría firmarte un cheque de un millón de dólares con la misma facilidad que tú te tomas un vaso de cerveza, y se quedaría tan tranquilo, sin notarlo apenas.

—Debe de ser un tipo formidable —se admiró el joven.

—Lo es. Procura no engañarle y tendrás un buen amigo. De lo contrario, lo pasarías muy mal.

Sycamore asintió.

—Le veré mañana —dijo, mientras se encaminaba hacia la puerta. Una vez allí, se volvió y miró a la mujer—. ¿Tengo que decirte adiós, Lea?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sal de mi vida para siempre —respondió, tensa.

Sycamore abrió la puerta y se marchó sin añadir una sola palabra. En cierto modo, se sentía muy aliviado. Lea era muy enérgica, demasiado absorbente; necesitaba un hombre de menos genio que el suyo, para dominarle y hacerle sentir su poderío. Lea sabía que con él no lo conseguiría y, en consecuencia, había adoptado una actitud llena de lógica.

Era lo mejor, se dijo, mientras se sentaba tras el volante de su coche para regresar a su apartamento.

Consultó el reloj. Era relativamente temprano, las once de la noche. Debería esperar a que se hiciese más tarde, para pasar al otro apartamento y tratar de averiguar qué estaba haciendo allí un vendedor de licores que se había llamado Johnny Fohler. Pero no tenía prisa.

Cuando llegó, fue al baño y se dio una buena ducha. Luego, vestido con la bata y el pijama, se acercó a la pared, quitó el cuadro y miró a través del agujero.

Se estremeció violentamente.

La luz del otro lado estaba apagada, pero, aun así, llegaba de la calle el suficiente resplandor para poder apreciar la vaciedad del sillón que aquella tarde había estado ocupado por un cadáver.

— ¡Se lo han llevado! —exclamó, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta, debido al asombro que le había producido el suceso.

Entonces, inesperadamente, alguien encendió las luces al otro lado.

Sonaron voces. Una de ellas era de mujer. A Sycamore le pareció conocida. Segundos después, la mujer entró en su campo visual y pudo comprobar que no se había equivocado.

El conserje de noche dejó sobre un diván las dos pequeñas maletas que constituían el equipaje de Flavia Doringen.

— ¿Le gusta, señorita Smith?

Sycamore sonrió. De modo que Flavia había cambiado de nombre, se dijo.

—Sí, está bien —contestó ella con indiferencia—. Me lo quedo. Es decir, si no hay obstáculos.

—Ninguno, señorita. Cualquiera de los conserjes estamos autorizados para alquilar los apartamentos, aunque, eso sí, a reserva de lo que decida el gerente. Pero en su caso creo que no habrá inconvenientes.

—Gracias —Flavia abrió su bolso y entregó unos billetes al sujeto—. Estaré unas cuantas semanas, seis por lo menos.

—Bien, señorita Smith.

El conserje se marchó. Sycamore continuó la observación.

Flavia quedó en el centro de la estancia, girando lentamente sobre sí misma, mientras examinaba con ojos perspicaces el menor detalle de la decoración. Al terminar la vuelta, echó a andar y desapareció de la vista del joven.

Sycamore estaba hecho un lío. El cadáver había desaparecido. ¿No se lo encontraría Flavia al abrir algún armario?

Esperó unos momentos. Pronto sonaría un chillido de terror...

Pero no oyó ningún grito. Inesperadamente, Flavia volvió a hacerse visible.

Ahora vestía solamente el sostén y las bragas. Llegó al diván, abrió una de las maletas, sacó una bata de baño y se marchó.

Sycamore continuó en el mismo sitio, preguntándose qué podía hacer la joven en aquel apartamento. ¿También buscaba el «Sol Rojo»?

—Si es así, no tiene ninguna gracia —refunfuñó.

¿O le había enviado Van Eakirt para vigilarle?

Pero el dueño de la isla no sabía que se alojaba allí. Quizá, especuló, Flavia había iniciado la búsqueda por su cuenta.

Sin embargo, era algo que tampoco tenía demasiado sentido. Y la única forma de averiguarlo era hablando con Flavia, aunque suponía que la joven no querría comentar con él los motivos de su estancia en aquella casa.

Fastidiado, fue al dormitorio y se acostó. Tardó mucho en dormirse, porque los últimos acontecimientos le habían puesto bastante nervioso.

Una pregunta, sin embargo, martilleaba su cerebro con inevitable tenacidad: ¿Dónde estaba el cadáver de Johnny Fohler?

Al fin, se quedó dormido y el sueño le liberó momentáneamente de todas sus preocupaciones.

CAPÍTULO IV

El candelabro era viejo, aunque se encontraba en buenas condiciones. Sin embargo, ofrecía un aspecto horrible. Era evidente que el artista carecía de gusto, pero quizá resultaba atractivo precisamente por su misma fealdad. Sycamore lo sostuvo con una mano, alejándolo todo lo posible de su vista, a fin de contemplarlo a su sabor, junto al escaparate de la tienda, donde llegaba una mayor cantidad de luz.

Una voz algo chillona sonó de repente.

—Sin duda, le gusta al señor. Puedo ofrecérselo por cincuenta y cinco dólares. Es plata pura, aunque esté sin limpiar. Pero después de una buena limpieza, resultará fantástico.

Sycamore, sonrió, sin volverse todavía hacia el dueño de la tienda.

—Veinticinco dólares y se encarga usted de la limpieza —propuso.

—Cincuenta y no rebajo un solo penique.

—Aquí contamos por centavos, amigo. Treinta dólares.

—No.

—Treinta y cinco.

—Vaya —suspiró Rixdale—, añada diez y es suyo, con limpieza incluida.

—Añadiré cinco, porque me envía Lea Dunn.

Sycamore se volvió. Los menudos ojillos de Rixdale chispearon.

—De modo que es usted el tipo —dijo.

—Ella le ha hablado, ¿verdad?

—Sí. Ponga el cartelito de «Cerrado» y venga a mi despacho.

—Cuarenta dólares, ¿eh?

—O.K., muchacho.

Sycamore dejó el candelabro sobre el estante, puso el cartelito en la puerta y luego dio la vuelta al mostrador. Cuando entró en el reducido despacho de Rixdale, vio a éste llenando dos copas.

—El alto se llama Jan Pickett. El otro es Lupo Barillo. Operan juntos. Se complementan muy bien, como la sartén y los huevos.

Rixdale le entregó una copa.

—Parece que Lea le ha contado muchas cosas —observó el joven, después de su primer trago.

—Sí. Tenemos bastante confianza. Y puesto que viene de su parte, añadiré algo de propina. Van Eakirt le engañó. El «Sol Rojo» vale medio millón más de lo que le dijo.

— ¿Dónde está ahora. Marty?

Rixdale le guiñó un ojo.

—Si yo lo supiera, ya tendría la puerta y el escaparate cubiertos de tablones, con un cartel que anunciaría: «VACACIONES INDEFINIDAS» —contestó maliciosamente.

—Es decir, sabe que robaron la piedra, pero no su paradero.

—Exacto.

—Pero, al menos, sabe dónde puedo encontrar a esos tipos.

—Tampoco. Dieron el golpe y están a mil metros bajo tierra. O en los antípodas.

Sycamore consideró la respuesta unos segundos.

— ¿Cree que han podido marcharse a Nueva York? —preguntó al cabo.

—No. Lo que le dije antes es incierto. Están aquí. Bien escondidos, no voy a negarlo. Quieren dejar pasar la tormenta.

—Comprendo.

—Pero quizá haya un medio de seguirles el rastro.

— ¿Sí?

—Los dos, pero, sobre todo, Pickett, son tipos que no saben estar solos. Usted me entiende, ¿verdad?

—Necesitan compañía femenina.

—Exacto. Han pasado ya muchos días. Con toda seguridad, llamaron a una amiga mía, que se encarga de proporcionar compañía a quien la necesita. Le daré su nombre y la dirección. Ella podrá, tal vez, decirle algo. Cite mi nombre, Lear.

—Lo haré, Marty.

—Pero tengo que decirle algo más.

— ¿Qué es?

—Si le ayudo, no es por desinterés. Van Eakirt le va a pagar cien mil. Cuando recobre la piedra, pídale cincuenta mil más. Ya me los dará.

Sycamore entornó los ojos.

— ¿Cree que me los pagará?

Rixdale soltó una risita.

—Pagará. Y si le pidiera doscientos mil, también —contestó.

—Muy seguro está de ello, Marty.

—Lear, en esta ciudad no se mueve una hoja de árbol sin que yo lo sepa, tarde o temprano, claro. —La voz de Rixdale se hizo de repente tensa, metálica, chillonamente ominosa—, Tráigame los cincuenta mil y todo irá bien para usted

Sycamore miró unos instantes al sujeto. Rixdale tenía una

apariciencia insignificante, pero se adivinaba en él un poderío y una fuerza realmente incalculables. Seguramente, disfrutaba de lo lindo tirando de los hilos de mucha gente, que se movían sin saber que actuaban como marionetas, al gusto y conveniencia de aquel sujeto de aspecto plácido y amable.

—Cuando hago un trato, lo respeto —dijo al cabo.

—Me alegro —contestó Rixdale. Se acercó al escritorio, escribió algo en un papel y luego se lo entregó al joven—. Vaya a verla; ella le dirá si alguna de sus yeguas ha sido contratada estos últimos días para... un «fin de semana» fuera de la ciudad.

—Eso quiere decir que no están aquí, Marty.

—Bueno, yo me refería a las intermediaciones, no a un lugar situado a cientos de millas. Tengo la impresión de que no están más alejados de media hora en coche.

—De acuerdo, Marty, una pregunta, por favor.

—Hágala, Lear.

—¿Qué sabe de Johnny Fohler?

—Metió las narices donde no debía.

Sycamore se estremeció al escuchar la respuesta.

—¿Quién lo decidió? ¿Usted?

Rixdale soltó una de sus risitas.

—No, aunque debo felicitar al que lo hizo. Todavía no sé quién fue. Ya se lo diré, descuide

—Ahora, seguramente, pondrá en funcionamiento su red de confidentes...

—Lear, no siga hablando así o llamaré a mi abogado.

Los dos hombres se echaron a reír. Sycamore se dirigió hacia la puerta.

—Iré a ver a Rosie Bernell —dijo.

—¡Eh, aguarde un momento! —Exclamó el hombre—. Se olvida de su compra.

—¿Mi compra? —se asombró Sycamore.

Rixdale abrió un armario y sacó un candelabro de plata, que brillaba deslumbradoramente. Sycamore abrió la boca, estupefacto.

—¿Ya... lo ha limpiado?

—Tengo más. Me los hacen por docenas. Todos son copias del original, que tengo en la tienda, pero que no está en venta.

Sycamore sopesó el candelabro.

—Aquí no hay más de cuarenta dólares de plata...

La risita de Rixdale le hizo ver su error.

—Sólo es un baño —adivinó.

—Pero resulta muy decorativo, ¿verdad? Ande, págume los cuarenta dólares y tan amigos.

—Le pagaré cuarenta y nueve mil novecientos sesenta —contestó

Sycamore tranquilamente.

En la tienda había un rollo de papel de envolver. Arrancó un buen pedazo, envolvió el candelabro y se marchó.

Una hora más tarde, Rosie Bernell le facilitó una dirección.

—Tiene que ser ella, no cabe duda —dijo—. Ella y su amiga Juanita Ramos, una exiliada cubana muy guapa. Pero Juanita se marchó ayer a Chicago de modo que sólo le queda Patsy Brown.

—El nombre no es auténtico, Rosie —sonrió Sycamore.

—Tampoco yo me llamo Rosie Bernell —contestó ella.

—Entiendo. Gracias, Rosie.

* * *

La puerta se abrió y Patsy Brown contempló desganadamente al sujeto alto y fornido que estaba en el umbral, cargado con una gran caja envuelta en brillante papel y con un vistoso lazo rojo como adorno.

—¿Sycamore? —dijo Patsy.

—El mismo. Sin duda, Rosie le ha hablado de mí.

Patsy se echó a un lado.

—Entra —invitó.

Sycamore franqueó el umbral. Patsy era una mujer muy alta, de grandes pechos y sólidas caderas. Ya no era una jovencita, aunque todavía le faltaban algunos años para cumplir los cuarenta. Pero resultaba enormemente atractiva.

—¿Quieres beber algo? —invitó.

—No, gracias. Toma, te he traído bombones. Te gustan, supongo.

—Más que los diamantes —rió Patsy—. Sí, no te extrañes. Los diamantes son algo inalcanzable para mí, de modo que no me rompo la cabeza esperando que alguien me regale cien gramos. En cambio, los bombones son más baratos.

—Y llenan el estómago.

—Sí, es cierto. Los prefiero a la langosta. La langosta me repite.

—A mí me gusta muchísimo —dijo Sycamore—. Bueno, Patsy, vamos al grano. ¿Qué me cuentas del alto y el gordito?

—A mí me tocó el gordito. Juanita es menuda, morena, vivaracha; se entendió muy bien con el alto. Al gordito le gustan las mujeres de mi tipo.

—También a mí —sonrió el joven—. Bueno, me gustan todas. ¿Dónde pasaste el «fin de semana»?

Patsy se puso seria de pronto.

—Pues... no lo sé. Rosie me dijo que debía ir a la esquina de la Cuarta Avenida y East Road y que allí nos recogería un coche. Preparé algunas cosas en un maletín, me reuní con Juanita y el coche llegó a

la hora anunciada. Tenía cortinillas en toda la parte posterior y también en la separación de los dos asientos, de modo que no pudimos ver nada, hasta que estuvimos en la casa, ya de noche.

— ¿Cuándo tardaste en llegar?

— Dos horas. Yo diría, sin embargo, que estuvieron dando vueltas por muchos sitios, pero que la casa está, sin embargo, a menos de veinte minutos de los límites de la ciudad.

— ¿Qué tiempo permaneciste allí?

— Dos días.

— ¿Sin salir para nada?

— Sin salir. El gordito me pagó bien, mil dólares, y Juanita cobró lo mismo.

— Patsy, ¿es que estuviste todo el tiempo en un sótano sin ventanas?

— Oh, no, claro. Podíamos movernos con entera libertad por dentro de la casa, pero sin salir al exterior. Yo estoy acostumbrada a los tipos raros y no me extrañó —contestó Patsy.

— ¿Abrían las ventanas?

— Sí, desde luego.

— Por favor, trata de recordar algún detalle que me permita orientarme. ¿Saliste de la ciudad hacia el Norte o hacia el Sur?

— El Sur, sin duda alguna. Pero luego viramos hacia el Oeste.

— ¿Cómo lo sabes?

— Las cortinillas no permitían ver nada, pero yo aprecié el sol que daba en uno de los lados del coche. Aún le faltaba un rato para ponerse, ¿sabes?

— Eres una chica lista —sonrió él—. ¿Qué pudiste ver desde la casa?

Patsy se puso las manos en la frente y respiró profundamente.

— Fue al día siguiente, hacia las once de la mañana. Oí el silbato de una locomotora y me asomé a la ventana. La línea ferroviaria pasa a unos mil metros de la casa, hacia el Este. Hay un pequeño viaducto, de tres arcos, casi perpendicularmente a la casa, quiero decir, si miras y trazas una línea imaginaria...

Sycamore se acercó a la mujer y la besó en la mejilla.

— Te quiero, Patsy —se despidió alegremente.

— Eh, aguarda, aún no he terminado —gritó ella.

El joven se volvió.

— ¿Algo más?

— Sí. Hay seis cipreses en el jardín, tres de ellos bastante juntos. Si te acercas un poco más, verás un surtidor con una sirena, que arroja dos chorros de agua por los pechos.

— Maravilloso, Patsy.

Tiró un beso al aire, dio un par de zapatetas y salió de la casa.

El asunto marchaba mejor que nunca, pensó, mientras se metía en el coche. Al día siguiente, viajaría hacia el Este, buscando la línea ferroviaria, un viaducto de tres ojos y una casa situada a unos mil metros de distancia Y entonces...

Sus pensamientos se vieron cortados bruscamente por un papel que estaba sujeto a uno de los limpiaparabrisas. Parecía una multa de tráfico, pero no era así.

Se trataba de un mensaje, que podía leer directamente, sin necesidad de apearse del coche:

ABANDONE EL CASO O IRA A HACER COMPAÑIA A JOHNNY FOHLER

Sycamore permaneció silencioso unos momentos. Luego salió del coche y quitó el mensaje de su sitio. De nuevo volvió a sentarse tras el volante.

—A Johnny Fohler no le hace maldita la falta mi compañía — refunfuñó.

CAPITULO V

Flavia Dorigen llegó al apartamento y lanzó el bolso al diván. De repente, se detuvo, convertida en una estatua, con los ojos fijos en el candelabro que estaba sobre una mesita, con cuatro velas y todas encendidas.

A través del agujero de observación, Sycamore se divirtió muchísimo al ver la cara que ponía la muchacha. Flavia dio una vuelta completa en torno al candelabro y luego miró en todas direcciones, como si quisiera buscar al autor del singular obsequio.

Sycamore se dijo que ya era hora de hacerse visible. Pero antes de que pudiera poner en práctica su idea, sonó el timbre en la puerta del otro apartamento.

Flavia se volvió en el acto. Dudó un momento, y al fin, se decidió a abrir.

Por un momento, desapareció de la vista del joven, pero volvió a hacerse visible, caminando hacia atrás, con una singular expresión de miedo en el rostro.

Sycamore frunció el ceño. A Flavia le sucedía algo. Un instante después, divisó a dos tipos mal encarados, uno de los cuales agarró el brazo de la muchacha.

— ¿Dónde está? —preguntó el tipo.

— ¿Qué? ¿Quién? —dijo ella, tratando de mantener la serenidad.

—Demasiado lo sabes Vino aquí, pero no ha vuelto. Tú sabes adonde se lo llevaron...

—No tengo la menor idea de lo que me está diciendo —respondió Flavia.

—Habrá que apretarle las clavijas, tú —dijo el otro sujeto.

—Sí, será lo mejor; no podemos perder más tiempo —convino su compinche.

Y levantó la mano para abofetear a la joven.

Desesperado, Sycamore se dijo que no tendría tiempo de evitar los primeros golpes. Por otra parte, aquellos dos hampones eran muy robustos. Aunque los venciese, y conocía unos cuantos trucos, tampoco saldría demasiado bien parado.

Repentinamente, se le ocurrió una idea. No pudo evitar el primer golpe a la muchacha, pero sí el siguiente, tras colocar un pañuelo ante el agujero.

— ¡Déjala, idiota! —gritó.

El sujeto se volvió, estupefacto.

— ¡Johnny! —exclamó—. ¿Dónde diablos estás?

—Déjala, repito; ella no tiene nada que ver con el asunto.

—Pero, ¿por qué no te dejas ver...?

— ¡Imbécil! ¿Crees que estoy aquí, al otro lado de la pared?

Sonó una risita.

—Ah, un micrófono oculto.

— ¡Eres un tipo listo! —Dijo Sycamore—. Bueno, basta, volved a casita inmediatamente. Os espero allí, pero pronto, ¿eh?

—Sí, descuida, Johnny, ahora mismo vamos para allí.

Sycamore quitó el pañuelo un instante y así pudo ver la cara de asombro de Flavia, que no parecía comprender lo ocurrido. Sin embargo, no perdió tiempo y corrió hacia la puerta.

Cuando llegó al ascensor, los dos hampones habían entrado ya. Dio una zancada y se metió en el aparato.

—Dispensen —sonrió.

Vuelto de espaldas a los dos sujetos, adoptó un aire de un inquilino corriente que se disponía a salir a la calle. Cuando el ascensor llegó a la planta baja, salió el primero, sin molestarse en volver la cabeza un solo instante. Inmediatamente, fue a su coche, lo abrió y se sentó tras el volante.

La pareja de hampones se metió en otro coche. Sycamore tomó nota de su matrícula. Alguien, le diría más adelante a quién pertenecía el vehículo.

Los matones se habían tragado el cuento, pensó, satisfecho. Ahora le conducirían directamente a la guarida de Fohler. Más adelante, iría solo y registraría a fondo su vivienda.

Dejó que el automóvil de los rufianes se le adelantara un poco, aunque sin perderlo de vista un solo instante. A veces, permitía que un par de coches se interpusieran delante de él, pero muy pronto volvía a ocupar una posición más conveniente. Así siguió durante veinte minutos, hasta que vio que el automóvil se detenía frente a una casa de apartamentos.

Los dos sujetos se apearon y cruzaron la acera con gran celeridad. Sycamore quedó al otro lado de la calle, observando el edificio. Cuando viese encenderse alguna de las ventanas ahora a oscuras, habría localizado el escondite de Fohler. Inmediatamente, volvería para proteger a Flavia y...

Transcurrieron unos momentos. De repente, vio brillar un rojo fogonazo en una ventana situada a tres pisos de la calle.

Fue como un relámpago cárdeno, que duró una fracción de segundo solamente. Luego, en rápida sucesión, se vieron varios chispazos más, todos de inconfundible color rojo.

Las detonaciones apenas se oyeron. Sycamore dedujo que el

edificio estaba muy bien insonorizado. Bruscamente, se produjo un atronador estallido de vidrios.

Un cuerpo humano saltó al espacio, voló, en parábola y acabó estrellándose contra la acera. Sycamore se apeó y corrió hacia el otro lado de la calle, desierta en aquellos momentos.

El individuo se retorció débilmente un poco, pero se quedó quieto casi en el acto. Sycamore lo reconoció: era el mismo que había abofeteado a la muchacha.

De pronto, oyó pasos en el portal. Saltó hacia atrás y se pegó a la pared.

Un hombre salió a la calle. Sycamore le atacó fulgurantemente, sin darle tiempo a reaccionar. Movi6 la mano derecha en semicírculo y golpeó con su filo el cuello del sujeto, al que estimó sin duda el asesino de los dos amigos de Johnny Fohler.

El hombre se desplomó, instantáneamente. Sycamore pensó que la Policía se encargaría de él. Ya sonaban voces de alarma en algunos sitios.

Tranquilamente, sin mostrar apresuramiento, cruzó la calle, subió a su coche y regresó a su apartamento.

* * *

Salió del baño, anudándose el cinturón de la bata, y se quedó paralizada, al ver que las velas del candelabro estaban nuevamente encendidas. Detrás de ella sonó una risita.

—He sido yo, las dos veces —dijo Sycamore.

Flavia se volvió. Sycamore estaba sentado en un butacón, fumando un cigarrillo, con las piernas cruzadas.

—Usted —murmuró ella.

—Sí. ¿Le duele la cara todavía?

— ¿Cómo sabe que me han pegado? —se asombró la muchacha.

— ¡Déjala, idiota! —exclamó Sycamore con voz cavernosa, pero sin dejar de sonreír.

— ¡Ha sido usted! —comprendió Flavia en el acto.

—En efecto. He traído una botella. ¿Quiere que prepare un par de tragos?

—No hay inconveniente, pero deberá explicarme cómo supo que estaba en apuros —pidió Flavia.

Sycamore sonrió. Acercándose a la pared, descolgó un sol de rayos dorados, en cuyo centro había un espejo circular de unos veinticinco centímetros de diámetro. El agujero del tabique quedó al descubierto.

—Oh! —exclamó ella.

Sycamore puso el espejo con la cara transparente hacia la

muchacha. Flavia, por tanto, podía verle la cara.

— ¿Satisfecha?

—Sí, pero, ¿quién lo hizo?

—Los hombres que mataron a Myers y robaron el «Sol Rojo». — Sycamore dejó el espejo en su sitio—. Lo descubrí por casualidad, aunque ya me suponía que habían estado espiándolo de alguna manera.

Fue a la cocina, sacó cubitos de hielo y trajo también dos vasos. Momentos después, entregaba uno a la todavía desconcertada Flavia.

—Usted simuló ser Johnny Fohler —dijo ella—. Pero cuando se encuentren con él y sepan que no les dio orden de dejarme...

—Esos dos tipos se han encontrado con Fohler en un lugar del que no se vuelve más.

Flavia abrió mucho los ojos, esforzándose por comprender el significado de la respuesta.»

— ¿Quiere decir que... están...?

—Sí —confirmó él—. Por lo menos, el que le dio la bofetada. A ése sí le he visto muerto, y tengo la seguridad de que el otro también lo está. Alguien les esperaba en la casa de Johnny Fohler y los pasaportó para el otro barrio.

—Dios mío —musitó Flavia— Es terrible...

—Mucho. El «Sol Rojo» no trae más que disgustos a quienes lo buscan. Al menos, con intenciones nada honestas.

—Usted también lo busca, señor Sycamore.

—No me lo quedará cuando lo encuentre, descuide Y hablando de otro tema, parece que usted también participa en la búsqueda. ¿O es una ilusión de mis sentidos?

Flavia desvió la vista.

—No —contestó— Aunque, en cierto modo, así podría estimarse,

—A ver, explíquese...

—El me envió a que alquilase este apartamento.

— ¿ES? ¿Se refiere a Van Eakirt?

—Sí.

Sycamore ladeó la cabeza.

— ¿Para vigilarme?

—Sí.

—Eso significa que no se fía de mí.

—No me dijo nada al respecto.

—Oiga, Van Eakirt tiene gente de sobra. ¿Por qué iba a emplearla a usted en un caso demasiado arriesgado?

—Repito que no me lo dijo...

—Ya. Sólo se lo ordenó y usted obedeció como una dócil ovejita, que no puede sino acatar las órdenes de su pastor —dijo Sycamore cáusticamente—. Bien, demos eso por sentado. ¿Cuánto vale el «Sol

Rojo»?

—Un millón.

— ¿Está segura?

—Es lo que él ha dicho siempre.

—Lo que él ha dicho... —remedó el joven burlonamente—. ¿Lo cree usted?

Flavia se picó.

— ¿Por qué no habría de creerlo? ¿Qué le impulsa a preguntarme eso?

Sycamore vació su vaso.

—El «Sol Rojo» vale millón y medio, contándolo barato. ¿Le dijo él que me pagaría cien mil dólares si recobraba la joya?

—Sí.

—Le pediré ciento cincuenta mil.

—No se los dará. Hicieron un pacto...

—El pacto fue sobre un millón como base. Y cuando tenga la piedra en mi poder, pagará, ya lo creo que pagará —dijo el joven con suficiencia—, A menos que usted consiga quitármela y yo me quede con un palmo de narices.

—No le quitaré la piedra, si lograra encontrarla. Pero, dígame, ¿cree que lo conseguirá?

—Mañana —respondió Sycamore.

Flavia parpadeó.

— ¿De veras?

—Voy a hacerle una proposición. Puesto que Van Eakirt la ha ordenado vigilarme, puede hacerlo muchísimo mejor y con más comodidad, si me acompaña al lugar donde están los ladrones. ¿Le parece bien?

— ¿Dónde están?

Sycamore se dirigió hacia la terraza.

—Esté lista a las nueve en punto de la mañana. Buenas noches — se despidió.

Al llegar a la terraza, se volvió, sonriendo ampliamente.

—No tape el agujero del tabique —dijo—. Aunque es cierto que la he visto a usted con muy poca ropa, no soy un mirón perverso. Pero gracias a ese útil orificio he podido librarla de un mal trago.

—De acuerdo —contestó Flavia, sonriendo también.

CAPÍTULO VI

Flavia cruzó la acera, acercándose al coche que terna ya el motor en marcha. Tenía puesto un pañuelo de vivos colores en tomo a la cabeza, aunque protegía sus ojos con unas grandes gafas negras. Vestía traje chaqueta, con pantalones, de tela muy liviana, y zapatos blancos de medio tacón. Un bolso de fibra, blanco, colgaba de su hombro izquierdo.

Sycamore también llevaba gafas oscuras. Apenas estuvo ella en el coche, pisó el acelerador.

—Celebro su puntualidad —dijo.

—Siempre lo soy —contestó ella, abriendo el bolso para sacar cigarrillos—. ¿Fuma?

—Enciéndalo, por favor.

Callaron durante un rato. Poco a poco, la masa de edificaciones fue aclarándose, hasta que alcanzaron la autopista que se dirigía al Sur.

—Saldremos en dirección este en la próxima desviación

—anunció él.

— ¿Ya sabe dónde se esconden?

—No tardará en verlo.

— ¿Cómo lo averiguó?

—Cometieron una imprudencia. Si yo hubiera sido ladrón, además de asesino, claro, no habría llamado a una conocida celestina, para que les proporcionase dos chicas para un «fin de semana».

—Oh... —Flavia se sonrojó—. Y usted lo supo...

—Preguntando aquí y allá. Tarde o temprano, se obtienen respuestas.

—De modo que fueron imprudentes...

Una de las chicas vio detalles del paisaje. No habría hablado, por supuesto, salvo que fuese interrogada. Y como lo hice yo, me lo contó todo. Excepto detalles escabrosos, claro.

—Los hombres son muy raros —comentó Flavia.

—Algunos —rectificó él— Yo me habría pasado sin mujer durante mucho más tiempo. No habría sido fácil, pero ya me desquitaría más tarde.

—Y ellos no supieron...

—No pudieron.

—Entiendo. —De pronto, Flavia se echó a reír—. No hago más que pensar en la cara de Van Eakirt, cuando supo que usted no era Morgan. ¿Cómo pudo ocurrir tal equivocación?

—Habrá que preguntárselo a los que me secuestraron, ¿no le parece?

—Estaban en un lugar muy alto de la escala de sus empleados. Ahora los ha degradado a la limpieza de la isla.

—Les está muy bien, por tontos.

—Sin embargo, usted se ganará cien mil dólares. El confía...

—Ciento cincuenta mil —rectificó Sycamore.

—A Van Eakirt no le gustan ciertas... «Correcciones».

—Tendrá que aguantarse.

—Supongamos que encuentra ahora el «Sol Rojo». ¿Sabe que yo podría quitárselo?

— ¿De veras?

Flavia abrió el bolso y sacó un pequeño revólver, niquelado, de cachas blancas.

—Con esto —dijo.

—Le aconsejo no trate de utilizarlo —sonrió él, atento al tráfico.

Ella guardó el arma nuevamente.

—Sé cómo se emplea una pistola —aseguró.

—No, no lo sabe. De lo contrario, la habría examinado antes de enseñármela.

— ¿Qué está diciendo? —se sobresaltó la joven.

—Usted dormía aún, cuando pasé a su apartamento. Entonces registré un poco su equipaje y vi el revólver. Ya le daré las balas cuando hayamos terminado.

Flavia sacó el arma otra vez. Luego, con un suspiro, se hundió en el asiento.

—No me explico... Yo tengo el sueño muy ligero...

—Y yo tengo un cuarto de sangre seminola. Mi abuela era india pura. Quizá por eso puedo moverme tan silenciosamente como una serpiente.

—Increíble —dijo Flavia—. Oiga, ¿qué hace usted que no está dirigiendo una gran empresa? Es demasiado listo...

—Una gran empresa me daría muchos quebraderos de cabeza, jamás compensados por el mucho dinero que pudiera ganar. Prefiero ganar menos y dormir tranquilamente todas las noches.

—Se conforma con poco, ¿eh?

—Lo justo para vivir bien, no como usted.

— ¿Yo? ¿Qué le hace suponer que estoy loca por el dinero?

—Es la fulana de Van Eakirt, ¿no?

Una indefinible sonrisa curvó los labios de la joven.

—Si piensa así...

—Lo dijo usted, no yo.

—De acuerdo, me gusta el dinero. No es pecado, creo.

—Según se mire y según la cantidad que se ambicione poseer, encanto.

—Me parece que usted es demasiado filósofo...

—La vida, niña, la vida —contestó Sycamore—. Hace tiempo me ofrecieron un importante puesto en una gran empresa, como usted ha dicho antes. Ciento veinticinco mil anuales, gratificaciones, gastos de representación... Lo rechacé. Demasiados quebraderos de cabeza.

—No, cobardía —exclamó Flavia—. Habría tenido que tomar decisiones importantes y se asustó, temiendo fracasar.

—En eso se equivoca, pero no quiero contradecirla. Mire, ya estamos viendo el viaducto.

—¿El viaducto? ¿Qué viaducto? —se sorprendió la joven.

—El del ferrocarril. Y mil metros más allá, está la casa donde se esconden los ladrones del «Sol Rojo» —contestó Sycamore.

* * *

El camino pasaba hondo por debajo del puente sobre el que circulaban los trenes. Sycamore avanzó quinientos metros más y detuvo el coche antes de que llegase a un nivel igual al de la casa, apartándolo algo de la carretera, que no era demasiado ancha, a fin de evitar problemas con algún curioso policía de tráfico. Abrió la portezuela, saltó al suelo y miró a la joven.

—Ha llegado la hora de mover los pies —sonrió.

Flavia se había apeado también.

—Podría devolverme las balas —rogó—. Si nos vemos en un compromiso...

—Admiro la utilidad de las armas de fuego en determinadas circunstancias, pero no soy partidario de su empleo. ¿Vamos?

Echaron a andar, recorriendo unos trescientos metros más, antes de salirse del camino. Ahora estaban frente al costado izquierdo de la casa, el que daba al Norte, y no se advertía en ella el menor movimiento.

—Si se han marchado... —murmuró Flavia, aprensiva.

—Espero que no hayan cometido ese error.

—Yo no estoy tan segura.

—Si se han marchado, tendré que continuar buscando.

Se habían detenido un instante. Sycamore estaba observando la casa, rodeada por un pequeño jardín, circundado por una valla de madera. El edificio era de dos plantas, de un estilo pretendidamente rústico, con postigos de madera que, en aquellos momentos, aparecían cerrados.

—Entraremos por detrás —decidió al cabo—. Parece que no haya nadie, pero lo más posible es que estén vigilando el camino, para ver si se acerca algún sospechoso.

—Muy bien, cuando quiera...

Súbitamente, Sycamore extendió el brazo.

— ¡Aguarde!

Alguien salía de la casa. Vieron a una mujer que corría hacia la parte trasera, y que desapareció unos segundos de su vista. Luego, un coche surgió de aquel lado, moviéndose con creciente velocidad.

Sycamore adivinó la trayectoria del automóvil y agarró la mano de la joven, tirando de ella hacia la protección de unos arbustos cercanos.

—Aquí, rápido.

Flavia se dejó llevar. Agachados, contemplaron el paso del coche, que iba ya lanzado. Durante una fracción de segundo, Sycamore pudo contemplar el rostro de la mujer, una morena de cabellos intensamente negros y que, le pareció, pasaba ya de los treinta años. En aquel brevísimo espacio de tiempo, Sycamore apreció que ella tenía la cara blanca como la nieve.

—Parece como si hubiera visto fantasmas —murmuró.

— ¿Quién es? —preguntó Flavia.

—No lo sé, no la he visto en los días de mi vida.

Sycamore se irguió.

—Vamos, nos estamos entreteniendo demasiado —rezongó.

—Esa mujer parecía muy asustada. Quizá la llamaron para entretenerles y quisieron hacerle algo desagradable —apuntó Flavia.

—Entonces, habría otra en la casa, ¿no?

—Tal vez tenga más aguante.

—Sí, tal vez.

Cuando llegaron a la parte posterior, vieron la puerta trasera abierta de par en par. Sycamore se asomó y escuchó atentamente, pero no consiguió captar el menor sonido.

—A lo mejor se emborracharon y están durmiendo aún —murmuró.

—Mis balas —insistió ella.

—No —contestó él firmemente—. Nada de armas de fuego.

— ¿Se lo dirá también a ellos?

—Claro.

Sycamore cruzó el umbral. El silencio era absoluto. «Si se emborracharon, la han pillado buena», pensó.

Avanzó unos pasos más. Al llegar a la sala, vio algo que le hizo detenerse en seco.

— ¡Quieta, Flavia!

Era ya tarde. Por encima de su hombro izquierdo, Flavia había

divisado el cuerpo tendido boca abajo en el suelo, con la espalda Siena de sangre.

Sycamore adivinó en el acto la identidad del muerto.

—Era Pickett —dijo.

—Había otro. ¿Dónde puede estar?

Lo encontraron un minuto más tarde, en el sótano. Lupo Barillo colgaba del techo, por una cuerda que le sujetaba ambas muñecas. Sus pies quedaban a un palmo del suelo y los tenía horriblemente quemados. En la frente se apreciaba un negruzco orificio.

Flavia lanzó un gemido de horror. Sycamore contempló el terrible espectáculo con las mandíbulas contraídas.

—Vaya a la cocina y prepare café —ordenó.

Ella obedeció, tratando de dominar las sacudidas de su estómago. Sycamore se acercó al muerto y rozó con los nudillos su mejilla. Estaba muy fría.

Luego le miró a la cara, horriblemente deformada por los sufrimientos padecidos. En voz baja, le hizo una pregunta:

— ¿Dónde está el rubí?

Pero Barillo, lógicamente, no podía contestarle.

* * *

Flavia estaba sentada en una silla, completamente desmadejada. Sycamore tuvo que ocuparse de terminar de hacer el café.

—Al menos hace doce horas que murieron —dijo, cuando tuvo lista una taza.

— ¿Seguro?

—Están completamente fríos. La sangre se ve negra. Ocurrió anoche.

—A ese pobre hombre le quemaron los pies...

—Para que dijera dónde está la piedra, naturalmente.

— ¿Cree que lo dijo?

—Usted también hablaría si le acercasen un palo encendido a los pies. Y yo, no vaya a tomarme por un héroe, capaz de resistir los mayores tormentos.

—Pero Barillo, quizá, trató de resistir...

—Acabó cediendo. Y entonces le pegaren un tiro.

Callaron unos momentos. Al cabo de un rato, Flavia volvió a hablar:

—Ahora comprendo el susto de la morena. Debió de ver lo ocurrido...

—Sí, lógico.

— ¿Puedo hacerle una sugerencia, Lear?

—Desde luego.

—Convendría buscar a esa mujer, ¿no le parece?

Sycamore vació su taza.

—Ya había pensado en ello —contestó—. Bien, ahora debemos marcharnos. Antes, sin embargo, tendremos que limpiar bien todo lo que hayamos tocado, para que no encuentren nuestras huellas.

—Pero, ¿es que no piensa registrar la casa? —se asombró ella.

— ¿Para qué? Barillo habló, esto es evidente. Luego sus torturadores encontraron la piedra. No la iban a dejar aquí otra vez, supongo.

Flavia asintió.

—Sí, tiene razón —convino. Se puso en pie—. Bueno, voy a limpiar todo...

Cuando terminó, se volvió hacia el joven.

—Lear, dígame, ¿por dónde piensa empezar usted?

—Por la morena, naturalmente.

— ¿Sabe cómo encontrarla?

—Buscándola, claro.

— ¿Me permitirá que le acompañe?

—No.

— ¿Por qué?

—Más de uno sabe quién es usted. No me conviene que me vean junto a la amante de Van Eakirt. Podría cerrarles la boca, ¿comprende?

—Entonces, ¿qué hago yo? —exclamó Flavia, desanimada.

Sycamore emitió una brillante sonrisa.

—Se lo diré cuando hayamos vuelto —contestó—. Vamos, larguémonos de una vez.

Salieron de la casa y regresaron al coche. Una hora más tarde, Sycamore llamó a la puerta del apartamento ocupado por la muchacha.

Flavia abrió. Sycamore puso en sus manos un gran paquete, pero muy ligero.

— ¿Qué es? —preguntó ella, intrigada.

—Ábralo y lo sabrá.

Flavia obedeció. Al rasgar el papel, vio una gran bolsa de plástico transparente, llena de ovillos de color negro y naranja, así como un hatillo de agujas de diferentes gruesos.

—Pero, ¿qué significa esto...?

Sycamore se echó a reír.

—Me preguntó antes qué haría mientras yo buscaba a la morena. Bueno, ahí tiene la respuesta.

—Tejer... ¿qué?

—Un «pullover» para mí.

—Son unos colores horribles.

—A mí me gustan —contestó él desenvueltamente.

—Parecerá un moscardón cuando se lo ponga.

—Eso significa que piensa ponerse a mover las agujas, ¿verdad? Volveré a la noche y me la llevaré a cenar a un sitio estupendo, donde se come un magnífico pescado, una langosta sensacional y se ven las estrellas reflejadas en el mar. ¿Le gusta la perspectiva?

Flavia sonrió encantadoramente.

— ¿Hora? —preguntó.

—No es seguro, pero las siete es la más apropiada. Deséeme suerte.

—De todo corazón, Lear.

CAPÍTULO VII

—Ando buscando a una mujer de unos treinta años, guapa, de pelo muy negro. Son todos los datos de que dispongo por el momento. ¿Sabes quién es, Andy?

Andy Crewe, alias «El Topo», tardó algunos segundos en contestar, muy ocupado en contemplar al trasluz el licor que contenía su copa. Era un sujeto de mediana estatura, delgado, de cara ratonil, con unas gafas cuyos cristales parecían hechos de fondos vasos, motivo por el cual había recibido el apodo por el que era conocido en determinados ambientes. Algunos, sin embargo, decían que era debido a su habilidad para moverse subterráneamente, sin que nadie se enterase de lo que hacía, pero sur poder evitar tampoco que Crewe obtuviese interesantes informaciones, que luego vendía al mejor postor.

Al fin, Crewe se decidió hablar:

— ¿Para qué la buscas, Lear?

—Andy, voy a darte cincuenta dólares. ¿Te he preguntado en qué vas a gastarte ese dinero?

—Tú estás buscando el «Sol Rojo», ¿no?

Sycamore respingó.

— ¿Cómo lo sabes, «Topo»?

Crewe soltó una risita.

—Sólo faltó que diesen la noticia por los telediarios —contestó—. Lo sabe todo el mundo, hombre; y no eres el único que busca esa piedra.

Sycamore emitió una maldición.

—Estamos buenos —gruñó—. De modo que tengo competidores...

—Más que pelos hay en tu cabeza. La cosa hizo mucho ruido, compréndelo.

— ¿Qué hizo ruido, Andy?

—El asesinato de Myers, hombre.

—Oh... Pero nadie sabía que él tenía la piedra...

Crewe apuró su copa.

—Mira, muchacho, esto es como una selva africana y alguien tiene algo que vale mucho y los «tam-tams» empiezan a redoblar... Claro está, los exploradores blancos no saben qué pasa, aunque oigan el ruido, pero los nativos sí lo saben...

—En metáforas eres el único —rió Sycamore—, De modo que no era un secreto.

—A voces —respondió Crewe—. Ahora bien, Barillo y Pickett supieron hacerlo y nadie conoce su escondite.

—Yo, si —respondió el joven.

Crewe le miro con asombro.

—Y alguien más, también —añadió Sycamore—. Pickett y Barillo están muertos. Barillo «cantó» antes de morir.

—Una noticia fantástica —murmuró «El Topo».

—A Barillo le quemaron los pies para que hablase.

—Eso tuvo que hacerlo Harry Muckoo, «El Chapista». Lo llaman así porque hubo un tiempo que trabajó en un taller de reparaciones de automóviles y los dejaba como nuevos, todo hay que decirlo.

—Pero un día, se cansó de la vida honrada...

—Le gusta más arrimar su soplete a la carne humana que a la plancha abollada de un coche —sonrió Crewe.

—Hay gustos para todo —filosofó el joven—. ¿Dónde puedo encontrar a Muckoo?

—No lo sé. Tendría que averiguarlo...

Sycamore sacó unos billetes. Separó cinco de a veinte y los pasó a su confidente.

—Te daré mi nuevo teléfono, aparte de que puedes dejar la información en el habitual. —Escribió rápidamente en un papel mientras hablaba—. Y a partir de las siete de la tarde, me tendrás en el «Lymett»; llámame allí si lo crees necesario.

—Un buen restaurante —sonrió Crewe—. No irás solo, supongo.

—Claro que no —Sycamore se puso en pie—. Bueno, hasta otra...

—La morena se llama Selpha Ruggs, es la chica de Fohler y reside en los apartamentos Silver Ocean —dijo «El Topo».

—Fohler está muerto, Andy.

— ¿También?

—Sí, pero alguien se llevó su cadáver.

—No lo busques. Estará en el fondo del mar, con un peso atado en los pies.

—Seguro.

Sycamore encendió un cigarrillo al salir del local en donde se había entrevistado con el confidente. Luego, en su coche, consultó la hora.

Eran las cinco de la tarde. Había sido un día muy movido. Luego se premiaría con una buena cena, pero tenía tiempo de entrevistarse con la chica de Johnny Fohler.

La morena vestía una bata corta, hasta medio muslo, y tenía el pelo suelto y bastante desordenado. Su mirada era dura y recelosa a un tiempo, pese a lo cual no se podía negar un gran atractivo sensual, tanto en su rostro como en su cuerpo de curvas exuberantes.

— ¿Qué quiere? —preguntó desabridamente—. Si piensa que me va a vender un cepillo...

—Le voy a vender informaciones sobre Johnny —respondió Sycamore sin inmutarse—. Pero si no quiere recibirme, llamaré a la Policía y les diré que ha estado en cierta casa, no lejos del ferrocarril...

Selpha palideció.

—Entre —dijo roncamente.

Sycamore pasó al interior del apartamento. Estaba muy bien decorado, apreció. Debía de costar una buena suma como alquiler.

— ¿Qué sabe de Johnny? —preguntó ella.

—Ha muerto.

Selpha se dejó caer en un sillón.

—Lo presentía —murmuró—. Le dije una y otra vez que no se metiera en este asunto, que era demasiado arriesgado... pero él insistió. Decía que saldríamos de apuros de una vez para siempre...

— ¿Estaba en apuros? —preguntó Sycamore.

—Bueno, es una frase. Más bien quería decir que ya no tendríamos que trabajar el resto de nuestras vidas, ¿comprende?

—Entonces, usted conoce el robo de la piedra.

—Claro —Selpha se irguió—. Vale casi dos millones. Merecía la pena, ¿no cree?

—Nada merece la pena, cuando se puede perder la vida dijo él sentenciosamente—, ¿Encontró algo en la casa, esta mañana?

—No. Vi el espectáculo y salí huyendo, despavorida. Jamás había contemplado nada tan horrible, créame.

—Selpha, si fue allí, tuvo una buena razón. ¿Cuál es esa razón?

—Johnny no volvía. Yo me sentía impaciente. El había mencionado aquella casa un par de veces, así que fui a ver si lo encontraba allí.

—No podía estar. Murió ayer.

Ella bajó la cabeza.

—Johnny podría tener sus defectos, pero yo le quería —contestó apagadamente—, ¿No sabe qué ha sido del cadáver?

—Seguramente, está en el fondo del océano. Lo siento, Selpha.

Hubo un momento de silencio. Sycamore encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de la mujer. Ella aspiró el humo con fuerza varias veces.

—Supongo que debo decir que así es la vida —trataba de sonreír— Pero echaré de menos a Johnny.

—Me lo imagino, Selpha, ¿sabe por qué alquiló el apartamento de

la Cuarta Avenida?

— ¿Alquilar? Oh, no; si fue allí, lo hizo para buscar rastros de la piedra. Dijo que podría encontrar alguna pista...

—Encontró una bala —contestó Sycamore gravemente—. ¿Tiene alguna idea de quién pudo haberle matado?

—No. Lo lamento. Ya le he dicho lo que sé.

Sycamore se encaminó hacia la puerta. Encima de una consola dejó una tarjeta.

—Si averiguase algo interesante, llámeme —dijo—. Tengo grabadora en el teléfono. Recompensaré bien sus informes, Selpha.

—Lo tendré en cuenta.

Sycamore abandonó el apartamento. Sentíase un tanto frustrado, ya que la entrevista no había producido los frutos deseados. Pero conseguiría mucho más cuando consiguiese localizar a Muckoo, el hombre aficionado a usar el soplete más con las personas que con los automóviles averiados.

* * *

— ¿Cómo fuiste a parar a Isla Esmeralda? —preguntó Sycamore, cuando ya les servían el café.

—Trabajaba en las oficinas del continente. Van Eakirt me vio un día.

—Te señaló con el dedo y ordenó: «Tú, a la isla conmigo». Y cruzaste las manos sobre el pecho, te inclinaste y dijiste: «Si, oh mi señor. Tu indigna esclava se siente satisfecha del inmenso honor que la dispensas». ¿No ocurrió algo parecido?

Los ojos de Flavia chispeaban.

—Con Van Eakirt no hay términos medios. Se le obedece o...

—O acaba uno en la cueva de las rocas.

Inesperadamente, ella rompió a reír. Sycamore la miró atónito.

— ¿Qué te pasa? —preguntó.

—Pero, ¿de veras creíste lo que te dijo del prisionero?

—Mujer, lo vi con mis propios ojos —contestó él.

—Teatro, Lear, teatro puro. Lo hace para impresionar a ciertas personas. Los barrotes y la paja son auténticos, pero el prisionero es uno de sus guardaespaldas, hábilmente maquillado.

—Vaya una manera de asustar a la gente —rezongó Sycamore.

—Impresiona, ¿verdad?

—Casi más que Barillo con los pies abrasados. Bueno, estábamos en que te vio, le gustaste y te ordenó ir a la isla.

—Eso es todo. Fui a la isla.

— ¿Hace mucho?

—Algunas semanas.

— ¿Cómo te permitió venir al continente? —Se lo pedí yo. Le dije que me gustaría vigilarte.

—Curiosa —sonrió Sycamore.

Flavia respiró hondo.

—Era la única manera de abandonar aquella cárcel —contestó.

—Tú no estabas prisionera.

—Me sentía encarcelada. La isla se recorre en una hora escasa. No hay alicientes, salvo las películas que proyecta una vez al día.

—Y la piscina... Y el mar...

—La piscina cansa al cabo de un cuarto de hora. Y en el mar hay tiburones.

— ¿No te gusta leer?

—También la lectura llega a cansar.

—Cualquiera diría que antes vivías en una aventura permanente.

—No, pero el mar no me gusta demasiado. Si se hubiese tratado de una finca, en el interior, con árboles, un río, montañas...

—Y él, ¿no te cansa?

Flavia sonrió maliciosamente.

—Se prohíben las preguntas de carácter íntimo —contestó. — Todavía está fuerte —dijo Sycamore.

—No quiero seguir con el tema —insistió Flavia—, ¿Por qué no pagas la cuenta y nos vamos?

— ¿Tienes ganas de diversión?

—En el «Palladium» hay una revista musical muy buena. — Entonces, iremos al «Palladium».

En aquel instante, se acercó un camarero.

—Señor Sycamore, le llaman al teléfono. Es un tal Crewe...

El joven se levantó en el acto.

—Perdona, Flavia.

Caminó con paso rápido hacia una cabina y tomó el aparato.

— ¿Andy?

—Lo tengo —dijo Crewe.

—Bien, suéltalo.

—Está en el Callejón del Grajo, ¿Lo conoces?

—Hay que entrar ahí con máscara antigás —sonrió Sycamore.

—Si. Hay un almacén abandonado... —De pronto, Crewe emitió un gruñido.

— ¿Qué te pasa? —preguntó el joven.

—Nada, nada... El almacén abandonado, hacia el final del callejón. Eso es todo, Lear.

Sonó un «click». Sycamore colgó el aparato, profundamente pensativo. Estuvo así unos instantes y, al levantar la cabeza, divisó a la muchacha, parada ante la cabina.

Abrió la puerta. Ella le miraba inquisitivamente.

— ¿Sucedó algo, Lear?

—Ya sé dónde está el tipo del soplete —contestó él. —Magnífico.

—Pero...

— ¿Sí? Vamos, habla, no me tengas sobre ascuas.

—No estoy muy seguro, pero no me fío del todo... Crewe se quejó un momento. Fue como si alguien estuviera amenazándole por detrás, con una pistola, y le hubiese dado un golpe para azuzarle o bien para evitar que dijera más cosas de lo conveniente.

Flavia se puso pálida.

— ¿Crees que lo han capturado?

Sycamore consultó su reloj.

—Pueda que me sienta aprensivo, pero Crewe suele estar todos los días, a estas horas, en el «Blue's». Siempre hay mucho ruido: conversaciones, sonidos de las bolas de billar, gramolas de monedas... y no he oído nada a través del teléfono.

—Si le han capturado, ¿qué piensas hacer, Lear?

—Si Se han capturado, es que piensan tenderme una trampa. En tal caso acudiré a la cita... con las debidas precauciones.

Flavia tocó su bolso con la mano.

—He puesto balas en el tambor —dijo intencionadamente.

— ¿Te sientes belicosa? —sonrió él.

—Espera a que alguien me amenace y lo verás. ¿Vamos, Lear?

Sycamore asintió.

—Sí, vamos —contestó.

CAPITULO VIII

El callejón estaba sumido en una casi total oscuridad. Sin embargo, Sycamore había detenido su coche a la suficiente distancia para que no fueran divisadas sus luces. Luego caminaron a pie, hasta avistar la sombría silueta del almacén.

El lugar hedía. Flavia arrugó la nariz.

—Asqueroso —comentó.

—Debieran llamarlo el Callejón de los Cerdos —rezongó Sycamore—. Iremos por detrás...

— ¿Hay alguna puerta?

—Sí. Todos estos caserones la tienen.

—Espera, Lear —dijo ella de pronto—. Me parece que veo a un tipo en la puerta principal.

Un hombre se asomó, dio dos o tres pasos y luego volvió a fundirse con las sombras.

—Nos esperan —adivinó Flavia.

—Lo confirmé. Crewe no estaba en el «Blue's». Lo tienen prisionero.

— ¿Le habrán quemado los pies?

—Andy habrá hablado apenas vio el soplete encendido. Ojalá todo haya quedado en el susto. Bien, vamos por la trasera.

Caminaron en silencio. Al llegar a la esquina, Sycamore asomó la cabeza precavidamente. Luego se retiró.

—No descuiden nada —susurró—. Hay otro centinela en la trasera.

Flavia tomó una súbita decisión.

—Déjame a mí —pidió.

—Pero...

Ella había doblado ya la esquina y caminaba con pasos sinuosos, provocativos. El vigilante la vio venir y sonrió.

—Aquí no encontrarás clientes, buena moza —dijo, cuando Flavia estaba ya a su altura.

—Fie venido a pescar otra clase de piezas —contestó ella.

Y, bruscamente, sacó el revólver y lo puso bajo la nariz del sujeto.

—Una sola palabra y te abraso —amenazó.

El hampón se puso rígido. Bizqueó, cuando vio la boca del cañón apoyada en su labio superior.

—Pe... pero...

— ¡Silencio! Ni una palabra más, si quieres seguir vivo.

El hombre calló instantáneamente. Sycamore llegó segundos más tarde.

—Bravo, muchacha —dijo.

—Las armas son útiles a veces —contestó ella.

—Tienes razón —Sycamore se encaró con el sujeto—. ¿Quiénes están adentro, tú?

Flavia empujó el revólver, apretándolo contra el labio del hampón.

—Te han hecho una pregunta —dijo.

—E...están Muckoo, Red Torby y Spencer Carney...

—Menudo trío —dijo el joven sarcásticamente—. Flavia, apártate.

Ella dio un paso hacia atrás. Sycamore disparó el puño derecho y lo clavó en el estómago del sujeto, que se curvó en el acto hacia adelante, con un gemido de agonía. Inmediatamente, le golpeó la nuca y el hampón cayó sin conocimiento.

Sycamore se arrodilló y le quitó una pistola y una navaja automática, con una hoja de casi veinte centímetros de longitud. Luego, pasando por encima del desvanecido individuo, abrió la puerta.

—Detrás de mí, Flavia —ordenó.

* * *

Había una escalera que arrancaba desde la misma entrada y subieron por ella en completo silencio, para encontrarse poco después en un corredor voladizo que, según pudieron apreciar, ocupaba tres de los lados del almacén. Abajo, en el fondo, se veía un ligero resplandor.

Era una lámpara de poca potencia, tapada en parte con un cartón curvado en cucurucho. Junto a la lámpara había un hombre, sentado en una silla y atado a la misma de modo que no podía moverse.

Era Crewe y junto a él había un par de sujetos. Uno de ellos tenía

en las manos un extraño aparato, del que brotaba una tenue llamita.

«Cuando dé gas, el soplete funcionará a plena potencia», pensó Sycamore.

La puerta principal se abrió en aquel instante.

— ¿Aún no se les ve? —preguntó Muckoo, impaciente.

—No hay señales —contestó el otro.

Muckoo se volvió hacia el prisionero y le miró malévolamente.

—Andy, si nos has engañado... —Agitó el soplete—. Puedo dejarte ciego, ¿sabes?

—Quémale mejor la lengua —aconsejó Torby—. Así no dará más «soplos» a nadie.

—Hombre, no es mala idea...

En el mismo instante, Sycamore vio algo que le hizo sonreír. Tocó en el hombro de la muchacha y la hizo apartarse un poco. Luego agarró el barril vacío que estaba en el pasadizo.

Flavia sonrió también. Sycamore levantó el recipiente sobre su cabeza. Era de cartón, destinado a contener sustancias no corrosivas, pero, aún así, pesaba bastante. De súbito, disparó el cilindro.

El barril voló por los aires. Torby lo vio, pero ya era demasiado tarde. Cuando empezaba a gritar, el cilindro le dio en pleno rostro y cayó de espaldas, completamente sin sentido.

Muckoo giró en redondo. El vigilante metió la mano para sacar una pistola. Sycamore actuó de nuevo con relampagueante gesto.

Mientras movía la mano hacia atrás, desplegó la hoja de la navaja. Luego la disparó hacia abajo con todas sus fuerzas.

Sonó un feroz aullido. Carney soltó la pistola y se llevó la mano al hombro izquierdo, en donde se había clavado profundamente la navaja. Chillando de dolor, cayó arrodillado.

Mientras, Muckoo, desconcertado, pero dispuesto a contraatacar, se cambiaba el soplete de mano y trataba de sacar su pistola. Flavia lo inmovilizó con una seca orden:

— ¡Quietos!

La joven sostenía su revólver con las dos manos, los pies ligeramente separados, algo adelantado el izquierdo y firme como una roca. Sycamore observó la postura un instante, frunció el ceño y luego echó a correr hacia la inmediata escalera, que permitía el descenso a la planta baja. En cuatro saltos, llegó abajo y se acercó a Muckoo, al que dejó sin respiración de un seco derechazo. De este modo, pudo desarmarle sin dificultades.

Carney seguía quejándose, Sycamore hizo caso omiso de él y se acercó al prisionero.

—Hola, Andy —saludó jovialmente.

—Llegas a tiempo —dijo Crewe—. Ese cerdo quería quemarme las pestañas con ese maldito soplete.

— ¿Sólo las pestañas? —rió el joven.

Desató al prisionero y luego se acercó a Carney, arrancándole la navaja de un tirón. Carney aulló.

—Ponte un pañuelo en la herida —le aconsejó.

Muckoo seguía arrodillado. Sycamore lo agarró por los pelos y le hizo ponerse en pie.

—Andy, enciende el soplete —ordenó.

—Con muchísimo gusto —contestó el interpelado.

Muckoo tenía la cara gris.

— ¿Qué piensan hacer conmigo? —preguntó.

—Vamos a darte una ración de tu propia medicina —dijo Crewe rencorosamente—. ¿Tienes algo que preguntarle, Lear?

—Por supuesto —dijo el joven.

Crewe hizo brotar treinta centímetros de llama.

—Empieza cuando gustes —invitó.

Muckoo lanzó un aullido.

—Eh, ustedes no pueden hacer eso...

— ¿No? —Sycamore sonrió—, ¿Dónde está la piedra?

—Lo ignoro. Lo único que puedo decirles es que no la tengo yo.

* * *

Hubo una pausa de silencio, durante la cual sólo se oyeron los tacones de Flavia, que descendía la escalera lentamente. Sycamore apretó los labios.

—Muckoo, no trates de burlarte de nosotros —dijo, ceñudo—. Encontramos a Barillo y a Pickett en la casa que está cerca del ferrocarril. A Barillo le habían quemado los pies. Tuvo que hablar. Y tú escuchaste todo lo que dijo. ¿Me has entendido?

—Pero es que yo...

—Lear, suéltale el cinturón de los pantalones —pidió Crewe—. Voy a quemarle algo que le hará arrepentirse toda la vida de haber empleado el soplete con Barillo.

— ¡Por Dios, no! —Chilló Muckoo, lleno de pánico—. Le juro que es cierto; ellos no tenían la piedra...

—Parece que es sincero —terció Flavia—. Claro que si Barillo y Pickett no tenían el «Sol Rojo», que le quitaron a Myers, ¿dónde está ahora?

Sycamore frunció el ceño.

—Aquí hay algo que no acaba de convencerme —dijo—, Pickett y Barillo actuaron por su cuenta y se escondieron allí, para dar tiempo a que se «enfriase» el asunto. No pueden haberle entregado la piedra a una tercera persona.

—Pues eso es lo que dijo Lupo, precisamente —exclamó Muckoo

—. Aquella misma mañana, habían entregado la piedra.

— ¿A quién?

—Ya no tuvo tiempo de decirlo. Se desmayó.

—Pudiste haberle reanimado, ¿eh?

Muckoo apretó los labios. Sycamore hizo un ademán.

—Andy, el soplete.

— ¡No! —Chilló el sujeto—. Esperen... Les diré toda la verdad... Maldita sea; era el mejor negocio de mi vida...

—Si, me lo imagino —contestó el joven fríamente—. Pero continúa, por favor.

—Y diga algo convincente —añadió Flavia.

—La verdad es que encontramos la piedra —gruñó Muckoo—. Pero no la tengo; la dejé en un sitio acordado de antemano.

— ¿Con quién?

—No sé su nombre. Sólo puedo decirles que me encargó que consiguiéramos la piedra a cualquier precio. Me dio diez mil dólares por adelantado y me prometió noventa mil, cuando encontrase el rubí. Entonces, tenía que telefonearle y así lo hice, y él me ordenó dejar la piedra en un determinado lugar.

— ¿Dónde? —preguntó Flavia ávidamente.

—En el Eastern Park, lado Norte, en un hueco del viejo roble que está a veinte pasos del surtidor.

— ¿Dejó allí el «Sol Rojo»?

—Si.

— ¿Cobró el dinero?

—Tengo que ir mañana...

—Muckoo, esa piedra vale millón y medio. ¿Cómo es posible que te conformes con cien mil dólares solamente? —se extrañó Sycamore.

—Yo no podría hacer nada con el rubí —gruñó el asesino—. Me interesan mucho más los billetes de Banco; así no tengo preocupaciones. Y... más valen cien mil en mano que millón y medio por los aires.

—Todavía no tienes los cien mil.

—El dejará el dinero —aseguró Muckoo—. Sabe que si no lo hace, tarde o temprano lo encontraré y se lo haría pagar muy caro.

—Bueno, sólo falta ya que nos diga quién es el tipo —intervino Crewe.

—Esperen un momento —pidió la joven—. Todo esto me parece un poco raro.

Sycamore se volvió hacia ella.

— ¿Por qué?

—No estoy segura, no podría definirlo con exactitud. Es... algo instintivo. Quizá Muckoo está diciendo la verdad, pero... —Miró a Sycamore y sonrió ligeramente—. Lo siento, no sé explicarme.

—Bueno, no te preocupes, ya lo averiguaremos —dijo él—. Ahora, Muckoo nos dirá quién es el sujeto que le pagó cien mil dólares. O que piensa pagárselos.

—No lo conozco —declaró el aludido—. Ni siquiera le he visto; todo el trato se hizo por teléfono. Me envió los diez mil dólares por correo y...

Flavia chasqueó los dedos.

—Ahora ya lo tengo —exclamó de pronto—. Si este bruto consiguió el rubí, no tiene sentido que secuestrasen a Andy, para hacernos caer en una trampa. A fin de cuentas, ya habían conseguido el «Sol Rojo». ¿No te parece, Lear?

Sycamore se volvió hacia Muckoo.

—Ella tiene razón —dijo—, ¿Qué explicación das tú al mal rato que le habéis hecho pasar a Andy?—El hombre me telefoneó y dijo que deberían quitarle de en medio —contestó Muckoo hoscamente.

— ¿Gratis? —preguntó Crewe, burlón.

—Cuando llegue a casa, encontraré cinco mil dólares más.

— ¡Qué derroche de dinero! —se escandalizó Flavia.

—Ese derroche, piensa el actual dueño de la piedra, puede proporcionarle tranquilidad —supuso Sycamore—. Está bien, vamos a dejar a estos tipos bien atados, para que no nos molesten en unas cuantas horas, y luego nos iremos a Eastern Park.

—Yo necesito un médico... —gimió Carney.

— ¡Ojalá revientes! —contestó Crewe rencorosamente.

CAPITULO IX

Mientras se dirigían al Eastern Park, Sycamore leía en un periódico la noticia sobre el doble asesinato cometido la víspera por un tal Geoff Latimer. La noticia incluía también los nombres de las víctimas. Latimer sostenía su inocencia. Le habían atacado al salir de la casa, pero no sabía quién lo había hecho.

Además, no tenía ninguna pistola encima en el momento de su detención. La Policía no podría comprobar que él había dado muerte a los dos sujetos. El periodista suponía que Latimer sería puesto en libertad muy pronto.

—Esto es preocupante —dijo Sycamore—. Estoy seguro de que fue Latimer quien liquidó a los dos amigos de Fohler. Pero, ¿cómo es posible que no le encontraran ninguna pistola encima?

—La escondería en alguna parte, después de cometer el doble crimen— supuso Flavia, que era quien conducía el coche.

—Sí, tuvo que ser así —admitió el joven—. Pero las cosas se complican cada vez más, ¿no te parece?

—Empezaron a complicarse el día en que murió Myers.

—Es verdad.

Sycamore dobló el periódico y lo lanzó al asiento posterior. Crewe se había apeado ya hacía un buen rato. No quería más complicaciones, manifestó, en el momento de despedirse de la pareja. Había pasado un mal rato y necesitaba compensarlo de alguna manera.

Se oyó una risita. Flavia miró extrañada al joven.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Andy dijo que iba a compensar el mal rato que había pasado. Yo sé cómo lo hará.

—¿De veras?

—Tiene una amiga que pesa ochenta kilos y le pasa un palmo de estatura.

—Un fenómeno.

—No, una profesional del «catch».

—Los extremos se complementan —sonrió ella.

—Es cierto. Bien, ya nos acercamos al parque. Párate cerca de la entrada oriental.

—De acuerdo.

Un par de minutos más tarde, se apeaban del coche. Las sombras

nocturnas habían caído ya, aunque había los suficientes faroles como para poder ver sin dificultades. Sycamore agarró el brazo de la muchacha y la condujo hacia el lugar señalado por Muckoo.

En aquella zona la visibilidad no era demasiado buena. Sin embargo, cuando ya se hallaban en las inmediaciones del surtidor, vieron una sombra que se movía sigilosamente.

—Ahí está —susurró Flavia.

Sycamore extendió una mano.

—Quieta —ordenó.

El sujeto estaba ya junto al roble. Sycamore echó a correr.

—Alto —dijo a media voz, aunque sabía que sería escuchado sin dificultades.

El hombre se volvió. Sycamore vio algo que brillaba en su mano derecha y se tiró al suelo, justo antes de que brillase un pálido fogonazo.

Flavia chilló.

— ¡Lear!

La pistola no había hecho ruido. Sycamore dedujo que tenía silenciador. Rodó sobre sí mismo, esquivando un par de balazos, y logró esconderse al otro lado de un seto. Flavia lanzó un grito de furia.

—Se escapa.

Sycamore se arrodilló. El sujeto había desaparecido, por lo que se puso en pie, limpiándose maquinalmente el polvo de las ropas.

Flavia corrió hacia él.

— ¿Estás bien? —preguntó ansiosamente.

—Tenías un revólver, ¿no? —dijo él de mal humor.

—Lo siento. Me quedé tan aturdida... Cuando quise reaccionar, ya era tarde.

—Pues sí que llevo buena protección —rezongó Sycamore.

—De todas formas, mis disparos habrían hecho ruido. ¿Crees que nos convenía?

—Si le hubiéramos atrapado, ya nos habríamos explicado después. Pero ahora ya tendríamos la piedra y... Está bien, dejémoslo; de nada sirven los reproches. Vamos a ver qué ha dejado ese tipo en el roble.

Sycamore se acercó al árbol. No tardó mucho en divisar un negro orificio situado a un par de metros del suelo. Estiró el brazo, metió la mano y retiró un paquete envuelto en fuerte papel de embalaje.

—Bueno, al menos tenemos el dinero —dijo la muchacha—. Y creo que puedes quedártelo sin problemas, Lear.

Sycamore frunció el ceño, pero guardó silencio. Permaneció inmóvil unos segundos y luego agitó la cabeza.

—Será mejor que vayamos a casa —propuso.

—Sí, estoy cansada...

—Yo me refería a la mía.

—Está junto a mi apartamento.

—No, no; quiero decir mi residencia habitual.

—Ah... Pero, ¿por qué allí?

—Primero, tengo ropas para mudarme y todas las comodidades necesarias, incluyendo una serie de herramientas que estimo debo utilizar.

— ¿Para qué?—Para abrir el paquete, tonta.

—Bueno, rompes la cuerda, quitas el papel...

—Y... «¡boom!», saltas por los aires.

Flavia sintió un escalofrío.

— ¿Crees que se trata de una bomba?

—En casa lo sabremos —contestó él.

Volvieron al coche. Flavia le entregó las llaves.

—Conduce tú; yo me siento muy nerviosa —dijo.

Sycamore asintió, porque se daba cuenta del estado en que se hallaba la muchacha. Durante un buen rato, guardaron silencio. Pero, de pronto, Flavia levantó la mano.

— ¿Sabes, Lear? No pude ver bien al desconocido, pero juraría que he captado en él algo que me es familiar... Sin embargo, no puedo recordarlo con exactitud. Y me gustaría, créeme.

—Es interesante —contestó el joven—. Tal vez lo consigas durante el sueño. El subconsciente «ve» cosas que la mente normal es incapaz de reconocer.

—Sí, pudiera ser —convino ella pensativamente.

* * *

Primero cortó la cuerda exterior con infinito cuidado. Luego, milímetro a milímetro, rasgó el papel con la ayuda de una cuchilla de afeitar. Una inocua caja de zapatos quedó a la vista.

Sycamore no cometió el error de levantar la tapa. En lugar de ello, cortó el cartón del fondo, sujetando la tapa firmemente en todo momento. Así pudo estudiar el artefacto que había sustituido a los noventa mil dólares prometidos.

Pasados unos momentos, y con la ayuda de unos alicates, cortó varios cables de escaso grosor. El explosivo quedó así separado del mecanismo de ignición. El resto fue ya fácil. Entonces, sudoroso, pero satisfecho, lanzó un grito:

— ¡Ya puedes venir!

Flavia apareció en la sala, con rostro aprensivo.

— ¿Sí?

Sycamore le enseñó la bomba despiezada.

—Hay suficiente para volar la casa —dijo.

—Tendré que prepararte una copa —sonrió ella—. He pasado un miedo espantoso.

—Lógico. Aunque peor hubiera sido si hubieses usado el revólver en el parque.

— ¿Por qué?

—Imagínate que una de tus balas pega en la bomba. ¿Sabes?, hay nada menos que un par de kilos de dinamita.

— ¡Cielos!

—Allí es dónde hubiéramos ido... Bueno, él no, claro, pero nosotros...

—Por el momento, prefiero estar en la tierra —Flavia le entregó la copa—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Esperar las reacciones de tu subconsciente.

—Estoy completamente desvelada. No sé si podré dormir...

Sycamore sonrió.

—Yo conozco un sedante infalible para casos como el tu yo —dijo.

— ¿De veras? Dámelo, por favor.

—Claro, con mucho gusto. Ven...

Sycamore la agarró por un brazo y la condujo al dormitorio.

—Métete en la cama; yo vendré en seguida.

Y Flavia se volvió hacia él, con ojos chispeantes.

— ¿Por quién me has tomado, Lear? Soy una chica decente.

—Es verdad, lo había olvidado —respondió él cáusticamente—.

Dispénsame, preciosa.

—Pero no te preocupes; puedo dormir en el diván de la sala...

—No será necesario; hay un cuarto para huéspedes. Y lo usaré yo. Como es de suponer, puedes cerrarte con llave por dentro... si temes un ataque por mi parte a tu... virtud.

Flavia le dio una fuerte bofetada.

—No vuelvas a hablarme así en los días de tu vida —dijo.

Sycamore sonrió.

—Estimula a tu subconsciente —se despidió.

Regresó a la sala, recogió las piezas de la bomba y, después de guardar el explosivo con todo cuidado, se sentó a fumar un cigarrillo, mientras meditaba profundamente.

Pasado un rato, consultó la hora. Encendió la televisión. Dos minutos más tarde, dieron un noticiario. El locutor anunció que Greg Latimer había sido puesto en libertad por falta de pruebas.

Satisfecho, desconectó el aparato y se fue a dormir.

* * *

Abrió los ojos y oyó ruido de cacharros en la cocina. Bostezó un

par de veces, estiró los brazos y se dirigió al baño. Después de asearse, fue a la cocina.

—El desayuno estará dentro de cinco minutos —anunció Flavia.

—Parece una tierna escena matrimonial —sonrió él—. Sólo que, claro, hemos ocupado camas diferentes.

—Y en distintos dormitorios —añadió ella punzantemente.

—Ganaré los cien mil dólares.

—¿Qué?

—Desgraciado en amores, afortunado en el juego —sonrió él.

—Yo no estoy enamorada de ti —dijo Flavia.

—Yo sí estoy enamorado de ti —contestó Sycamore.

—¿Es posible?

—Lo es, hermosa.

—¿Con mis antecedentes?

—¿Quién dijo aquello de «Errar es humano, perdonar es divino»?

—¿Y si lo hice con plena conciencia?

—Aún así, habría sido un error.

—Eres un chico encantador.

—Y tú una Magdalena que ya se ha arrepentido de sus pecados. ¿O me equivoco?

—Lear, estás tocando un tema muy vidrioso. ¿Por qué no cambiamos de conversación?

—Si lo prefieres...

—Por favor.

Sycamore se sentó a la mesa.

—Como quieras. Por cierto, ¿qué dice tu subconsciente?

—Nada. No me ha dado ninguna respuesta.

—Debe de ser cuestión de la almohada. Es un poco dura.

Flavia sonrió.

—Quizá —contestó.

Puso un plato frente al joven y luego trajo la cafetera. Después de servirse a sí misma, le miró con la sonrisa en los labios.

—¿Qué planes tiene para hoy? —preguntó.

—Voy a ver si se hace realidad un viejo dicho referente a crímenes y cosas por el estilo.

—¿Cómo?

—Latimer fue puesto anoche en libertad... Bueno, hoy, porque salió después de media noche.

—¿Cuál es el plan?

—Si el refrán resulta cierto, antes de una hora estará con Latimer.

—Estaremos, supongo.

—¿Quieres venir conmigo?

—No me lo perdería por nada del mundo, Lear.

—Muy bien, acepto tu compañía.

Un cuarto de hora más tarde, se disponían a salir de la casa. Entonces, Flavia recordó algo.

—Por cierto, aún no me has dicho cuál es el refrán que piensas comprobar prácticamente —exclamó.

—El asesino vuelve siempre al lugar de su crimen —respondió él con grave acento.

CAPITULO X

Sycamore se detuvo ante la puerta y contempló la cerradura unos segundos. A su lado, Flavia bisbiseó:

—No tienes llave, Lear.

—Usaré el método Ali-Babá —sonrió él.

—« ¿Ábrete, Sésamo? ».

— Una ganzúa.

Sycamore extrajo una carterita y eligió una de las ganzúas que llevaba en la misma. Tuvo que realizar cuatro intentos, hasta encontrar la adecuada. Cuando la cerradura cedió, empuñó el pomo, lo hizo girar y se apartó a un lado.

—Las damas primero —dijo, galante.

Flavia cruzó el umbral. A sus espaldas, sonó un fuerte suspiro.

— ¡Uf, menos mal! No ha llegado todavía.

Ella giró en redondo, con los ojos llenos de furia.

—De modo que me haces pasar primero, por si se perdía algún tiro y que me lo llevase yo...

Sycamore sonrió.

—Latimer no ha llegado todavía —dijo.

— ¿Cómo lo sabes?

—La puerta estaba cerrada. Sólo fue una broma, mujer.

—A veces me dan ganas de romperte algo en la cabeza. ¿Siempre eres así, Lear?

—Soy completamente distinto de Justus Van Eakirt.

—No menciones ese nombre, por favor.

—Temo que todavía habremos de mencionarlo muchas veces más. Bueno, vamos a ver si encontramos lo que busco.

— ¿Y, qué es lo que buscas? Si se puede saber, claro.

— Una pistola, belleza.

— Ah...

Sycamore recorrió rápidamente el apartamento.

—Latimer fue un tipo listo —murmuró—. ¿Me vería llegar detrás de las víctimas?

—Pero no podía predecir que ibas a atacarlo —objetó Flavia.

—Quizá pensó que podía ser visto por algún vecino. Si luego lo localizaba la Policía, podría negar los asesinatos, siempre que no tuviera encima la pistola utilizada. Podían encontrarla en su

apartamento, pero si no era así los policías que intervinieron en el caso no podían sospechar que el asesino la había dejado en el lugar del crimen.

—Todos pensarían que se había llevado consigo el arma utilizada.

—Exactamente.

—Y por eso, Latimer volverá a recogerla...

—Es lo que creo que hará —contestó Sycamore. Parado en el centro de la sala, con las manos en los costados, paseó la vista a su alrededor durante unos momentos. De pronto, vio algo que le hizo sonreír—. Ah, creo que ya está —exclamó.

Había en uno de los rincones una lámpara pendiente del techo, en forma de media naranja, de vidrio completamente negro, de tal modo que todo el resplandor era enviado a lo alto y así resultaba una suave iluminación indirecta. El cuenco de vidrio tenía casi medio metro de diámetro y estaba a dos y medio del suelo.

Sycamore se puso sobre una silla, metió la mano en la lámpara y sacó una pistola provista de silenciador.

— ¡Diana! —exclamó la joven.

—Latimer es un tipo listo, además de peligroso —Sycamore dejó la pistola en el mismo sitio—. Bueno, ahora sólo falta esperar a que llegue.

—Pero le dejas el arma...

—Le prepararé una pequeña trampa —sonrió el joven.

Sycamore trabajó activamente durante diez minutos. Al terminar, agarró a la muchacha por un brazo.

—Esperaremos su llegada en la habitación contigua —dijo.

* * *

La espera fue larga. Hubo un momento en que ambos creían haber perdido el tiempo. Pero, al fin, casi al filo del mediodía, se oyó el ruido de la puerta que se abría.

Sycamore apretó la mano de Flavia.

—Ahí está —susurró.

Ella sacó su revólver. Sycamore hizo un gesto de desagrado.

—Guarda ese chisme —ordenó.

Sonaron pasos en la sala. El joven entreabrió la puerta.

Lentamente, Latimer se acercó a la lámpara. Agarró una silla, se subió al asiento y metió la mano en el cuenco de vidrio. Casi en el acto, se vio brillar un chispazo azulado, a la vez que se escuchaba un ligero chasquido.

Latimer gritó, sacudió la mano y perdió el equilibrio, cayendo pesadamente al suelo. Antes de que pudiera recuperarse, Sycamore salió de su escondite y, corriendo hacia él, plantó un pie en su pecho.

—El asesino vuelve siempre al lugar del crimen —dijo, sonriendo.

Miraba desde arriba a Latimer. Era un sujeto delgado, de pelo pajizo y ojos acuosos, que ahora brillaban con una expresión de furia indescriptible.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

—Alguien que puede darte un buen disgusto, si no me dices quién te pagó para matar a dos individuos en este mismo apartamento —contestó el joven.

—No sé de qué me está hablando. Un desconocido me encontró en la calle y me pidió que viniese a buscar una pistola que tenía aquí escondida, pagándome cincuenta dólares por el trabajo. Si no me cree, regístreme los bolsillos y encontrará esos cincuenta dólares y algunas monedas...

—A otro perro con ese hueso —rió Sycamore—. Fui yo el que te atacó al salir de aquí.

—Usted...

—En efecto. ¿Quién te ordenó matar a esos dos tipos y, seguramente también, a Johnny Fohler?

Latimer comprendió que había sido descubierto y apretó los labios.

—No diré nada —contestó secamente.

—Conmigo te equivocas —dijo el joven con frialdad—. Yo no soy un policía que tiene que respetar tus derechos y tratarte con toda consideración. A mí lo mismo me da partirte un hueso que dos que dejarte lisiado para toda la vida... o rebanarte el pescuezo aquí mismo si no hablas.

El asesino sonrió burlonamente.

— ¡Bah, fanfarronadas! —dijo.

— ¿De veras?

Sycamore retiró el pie. Latimer intentó levantarse con gran rapidez, pero la rodilla de Sycamore fue más rápida y le golpeó en el mentón, tirándole nuevamente de espaldas. Inmediatamente, Sycamore se arrojó sobre él y le hizo volverse boca abajo. Luego agarró su brazo derecho, clavándole la rodilla entre los omóplatos, y empezó a tirar hacia atrás.

—Cuando dije que iba a romperte un montón de huesos, no fanfarroneaba —murmuró—. Empezaré por este brazo...

Se oyó un leve crujido. Latimer emitió un grito agónico.

— ¿Continúo? —preguntó el joven.

Latimer golpeó el suelo con la palma de la mano libre.

—No... Basta, se lo diré... Pero, suélteme, maldita sea...

—Habla —exigió Sycamore sin aflojar la presión.

—No le conozco... Me buscó y me pagó para que liquidase a Fohler. No me dijo sus razones; sólo me dio dos mil quinientos

dólares...

— ¿Tenías que avisarle de su muerte?

—No. El me llamó. Yo le dije que ya estaba hecho, eso es todo lo que sé.

— ¿Fue él quien se llevó el cadáver?

—Ah, no sé nada... Yo lo dejé en aquel apartamento...

— ¿Y los otros dos?

—El tipo volvió a llamarme. Dijo que ya me había enviado por correo dos mil dólares más. Tenía que liquidar a los amigos de Fohler. Me dio instrucciones por teléfono...

—Y viniste aquí, los aguardaste y, cuando entraron, empezaste a tiros con ellos.

Latimer calló, Sycamore se volvió hacia la muchacha, que contemplaba la escena a unos pasos de distancia.

— ¿Qué te parece?

—Creo que es sincero, al menos, en este aspecto —respondió ella—. Pero creo que hay un detalle que se te ha pasado por alto.

— ¿Si?

—El... contratante le buscó la primera vez, aunque no diese su nombre. Por tanto, tuvo que verlo. Pregúntale qué aspecto tenía.

—Tienes razón —convino Sycamore—. ¿Has oído a la señorita, Latimer?

—Era... delgado, alto, de unos cuarenta y cinco años... Muy bien vestido, distinguido, con un ligero bigote rubio...

— ¿Ojos? —inquirió Flavia.

—Azules.

— ¿Calvo? ¿Con entradas? ¿Le clareaba el pelo?

—No. Tenía todo su pelo. Iba muy bien peinado, con raya...

— ¿Las manos?

—Llevaba guantes.

— ¿Algún reloj valioso en la muñeca?

—No se lo vi.

— ¿Los zapatos?

—Negros, muy brillantes, puntiagudos. Pude fijarme en el tacón; era de tres centímetros, por lo menos.

— ¿De qué color era el traje?

—Azul, oscuro, con rayitas grises muy finas. La corbata era negra.

— ¿Llevaba alfiler de corbata?

—No.

— ¿Gafas? ¿Cristales correctores o negros?

—No llevaba gafas.

Flavia meditó unos instantes. Luego miró al joven.

—Creo que eso es todo. No se me ocurre preguntarle nada más.

Sycamore emitió una brillante sonrisa.

—No cabe duda que has sabido interrogarle. Es una buena descripción del sujeto, pero, ¿quién es? ¿Dónde está? ¿Lo conoces?

—No.

—Tendré que movilizar a mis amistades —dijo él—. Bueno, Latimer; la fiesta ha terminado.

Soltó al sujeto, se levantó y esperó a que el asesino se levantase. Entonces, disparó el puño izquierdo, clavándoselo en el estómago. Cuando Latimer se inclinaba, le asestó un tremendo derechazo en el mentón.

Sycamore se chupó los nudillos.

—Dormirá un buen rato La Policía lo encontrará aquí, con la pistola escondida en la lámpara —Se echó a reír—. Alguien se llevará un buen rapapolvo por no haber sabido encontrarla ayer, después de los crímenes.

Sacó un pañuelo y, con gran cuidado, puso el arma en el cuenco.

—Cuidado —avisó Flavia.

—No te preocupes; ya he desconectado la luz y no volverá a producirse otro cortocircuito.

—Se llevó un buen susto, en efecto —sonrió ella—. ¿Nos vamos?

—Claro.

Salieron de la casa. Dentro del coche, Sycamore se sintió repentinamente pensativo.

—Me pregunto quién pudo ser el tipo que ordenó liquidar a Fohler —dijo.

—Te espera una dura tarea, si quieres encontrarlo —respondió Flavia.

—Sí, es cierto Pero tú dijiste que había uno que te parecía conocido...

—Lo siento, no he conseguido recordar todavía.

Sycamore le dio una palmadita en la mano.

—Bueno, no te preocupes; todo saldrá bien al final —sonrió.

Más tarde, hizo una pregunta de carácter personal:

—Flavia, ¿piensas volver a la isla?

—Si —contestó ella.

— ¿Es tu... «Obligación»?

—Sí.

—Me gustaría poder ayudarte...

—No, no puedes. Pero gracias de todos modos, Lear.

—Un día alquilaré al Pentágono un batallón de «marines» e iré a rescatarte.

Flavia apretó los labios. Súbitamente, exclamó:

— ¡Para, Lear!

El joven, sorprendido, obedeció. Entonces, ella se volvió y, abrazándole fuertemente, le besó con gesto lleno de vehemencia.

Luego, antes de que él, estupefacto todavía, pudiera reaccionar, se apeó del coche y atravesó corriendo la acera, perdiéndose rápidamente entre la multitud.

Sycamore alargó la mano ligeramente, pero se contuvo en el acto. Sonriendo, cerró la portezuela. Volvió a poner el automóvil en movimiento.

—Ya sé cómo buscarte —murmuró.

Cuando regresó a su casa, se sirvió una dosis de whisky. Mientras lo bebía a pequeños sorbos, puso en marcha la grabadora conectada al teléfono, como era su costumbre. Escuchó un par de mensajes sin importancia y luego oyó una voz de tonos imperativos:

—Sycamore, soy Marty Rixdale. Ven a verme inmediatamente, no importa la hora en que oigas este mensaje. Repito: Inmediatamente.

El joven pensaba darse un baño para relajar sus tensiones, pero al escuchar la voz de Rixdale se dijo que no podía entretenerse un solo segundo y echó a correr hacia la salida.

CAPITULO XI

—Por cincuenta mil dólares, que todavía no he cobrado y que sospecho están en el aire, he hecho algo que no me agradecerás bastante en todos los días de tu vida —dijo Rixdale, en batín y zapatillas y con el pelo revuelto.

—En lo que de mí depende, tendrás ese dinero —aseguró Sycamore—. Pero ahora me gustaría saber por qué he tenido que venir a todo galope.

— ¿Has usado un caballo? —rió el sujeto.

—Era una metáfora, Marty.

—Ya —Rixdale se acercó a una caja fuerte, empotrada en la pared, la abrió y extrajo algo que lanzó hacia el joven — ¡Atrápalo!

Sycamore apenas si tuvo tiempo de coger la cosa encarnada que volaba hacia él. Segundos después, enormemente asombrado, lanzaba una exclamación:

— ¡Cielos, el «Sol Rojo»!

Rixdale abrió una botella y puso dos dedos de whisky en sendos vasos.

—Una copia —puntualizó.

— ¿Una... copla? —repitió el joven.

—Como lo oyes. Lear.

—Pero... parece perfecto...

—Si una copia de algo valioso no es perfecta, entonces no sirve para nada.

Sycamore hizo saltar en la palma de la mano izquierda el rubí de cuyo rescate estaba encargado Al cabo de unos instantes, preguntó:

— ¿Cómo lo has sabido, Marty?

—Hay pocas cosas que se me escapan en esta clase de negocios. Y en otros también —rió el individuo— En cuanto supe lo que estabas haciendo, empecé a pensar. Mira, Lear, una piedra como el «Sol Rojo» vale demasiado para tenerla a la vista como si fuese un vulgar reloj de pulsera. Hay muchísimas personas que encargan copias de sus joyas valiosas. Guardan éstas en lugar seguro llevan las copias puestas o las tienen a mano para enseñarlas a las amistades, ¿comprendes?

—Sí, eso lo sabía...

—Pero, en cambio, no conocías el tipo que, generalmente, se encarga de hacer muchas de estas copias.

—Y tú sí lo conoces.

—En efecto.

—Entonces, fuiste a verlo...

—Y me entregó la copia de la copia. Le habían encargado dos.

Sycamore levantó las cejas.

— ¿Por qué?

—Una simple precaución, supongo. Si una copia se pierde, queda la otra...

—Pero, ¿no entregó las dos?

—No ha entregado ninguna hasta ahora. Eso es lo curioso, Lear; el que le encargó las dos copias de la piedra no ha ido a verle todavía. Sin embargo, sé que ayer le llamó por teléfono y le dijo que ya no necesitaba esas piedras falsas, pero que, no obstante, le pagaría el resto de lo convenido. Mi... amigo cobró la mitad por adelantado, ¿sabes?

Sycamore volvió a lanzar la piedra al aire un par de veces. Luego fijó la vista en Rixdale.

— ¿Puedo quedármela? —preguntó.

Sí, pero, recuerda: me debes cincuenta mil dólares. Lear, yo soy siempre fiel en mis tratos y concedo crédito a quien me lo merece. Sin embargo, cuando alguien sólo intenta engañarme, lo lamenta el resto de sus días. Nunca más a... progresar, ¿lo entiendes?

—A mí también me gusta ser honrado en mis tratos. Tendrás tus cincuenta mil, aunque tenga que atracar un Banco.

—Sácaselos a Van Eakirt —sonrió Rixdale.

—Por Dios, que así lo haré. Pero ahora me tienes que contestar a un par de preguntas. ¿Cómo conoceré cuál es la piedra auténtica, si el original y la copia son absolutamente idénticos?

—Te enseñaré a distinguirlas. ¿Cuál es la otra pregunta?

Sycamore la formuló. La respuesta de Rixdale le satisfizo enormemente.

—Estás muy bien informado —dijo.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—Es mi oficio —repuso.

* * *

Silbando alegremente, Sycamore llamó a la puerta, pero no le contestó nadie. Extrañado, insistió en la llamada.

—Seguramente, está dormida aún —murmuró.

Pero Flavia tardaba mucho en abrir y se decidió a hacerlo por su cuenta. Cuando estuvo dentro del apartamento, lanzó un grito:

— ¡Despierta, reina; tengo grandes noticias para ti!

No hubo respuesta, sólo silencio. Extrañado, Sycamore miró a su

alrededor.

Había una silla volcada cerca de la puerta. Un par de cojines estaban en el suelo, lejos de sus emplazamientos habituales. Cuando se asomó al dormitorio, vio la cama deshecha.

El baño estaba vacío. La cocina, sin embargo, aparecía en orden.

Sycamore supuso que Flavia pudo haber cenado en casa, fregando luego los cacharros. En cambio, no había desayunado.

En su armario había ropas y una maleta que, evidentemente, había sido dejada allí. Sycamore empezó a sentirse aprensivo.

Repentinamente, sonó el teléfono. Esperanzado, corrió hacia el aparato y lo levantó.

— ¡Flavia!

—Lo siento, chico —dijo una voz conocida.

— ¡Marty! ¿Por todos los diablos, cómo has sabido encontrarme aquí? —se extrañó Sycamore.

—Acabo de llamar a tu casa. Como no estabas allí, deduje que habrías ido al apartamento de la chica. He acertado, creo.

—Ella no está aquí, Marty.

—Lo sé. Por eso te llamo. Se la llevaron esta madrugada. Ya debe de estar llegando a la isla.

— ¿Seguro?

—No hay duda. Mi... informador la vio subir al hidroavión, que levantó el vuelo justo al hacerse de día.

El joven consultó su reloj.

—Hace más de tres horas —dijo, desanimado.

—Sí, pero lo que resta por hacer es cosa tuya. Y yo no puedo darte ningún consejo.

—Gracias, Marty.

El teléfono volvió a su sitio. Sycamore meditó durante unos segundos. No tardó en tomar una decisión.

* * *

El hombre contempló pensativamente el fajo de billetes que Sycamore enseñaba con gesto ostentoso.

—No sé si...

—Usted sólo tiene que llevarme hasta unas tres millas de distancia. El resto corre de mi cuenta.

—Bien, pero...

Sycamore estuvo a punto de lanzar un grito de furia, al apreciar las reticencias del individuo, pero logró contenerse.

—La luna está en menguante apenas. Habrá luz más que suficiente para el amerizaje —exclamó.

—¿Y debo aguardarle en alta mar?

—No será necesario. Sólo quiero que me lleve hasta la isla.

—¿Piensa cubrir a nado las tres millas?

Sycamore se desesperaba. Aquel individuo podía ser un buen piloto, pero, en otros aspectos, era completamente obtuso.

—Hay lanchas hinchables, velas y remos —dijo.

—Puede añadir un pequeño motor...

—No. Haría ruido. Si me deja allí después de la media noche, en una hora puedo recorrer las tres millas.

—No me gustaría buscarme problemas. Si pierdo mi licencia de piloto, pierdo el pan.

—Está bien. Contrataré a otro piloto. Seguramente, lo hará por la mitad de dinero... e incluso a crédito, si le digo que me envía Marty Rixdale.

Gene Wheeler se alarmó.

—Eh, no será necesario que busque a un competidor —de un manotazo, se apoderó de los billetes—. Venga a las diez en punto de la noche.

Sycamore sonrió.

—La lancha y demás corren de su cuenta. Revísela a fondo.

—De acuerdo.

Sycamore lanzó una ojeada a su reloj. Eran las doce del mediodía. Todavía faltaban diez horas para el despegue y tenía que hacer algunas compras que estimaba necesarias. Se despidió de Wheeler, volvió a su coche y arrancó rápidamente en dirección a la ciudad.

A las seis de la tarde, visitó nuevamente a Rixdale. El sujeto escuchó lentamente su petición y, durante un buen rato, le estuvo dando instrucciones que Sycamore procuró conservar en su memoria. Cuando terminó, emitió una alegre sonrisa:

—Es probable que añada un diez por ciento a tus cincuenta mil —exclamó.

—No vendrá mal —contestó Rixdale sin inmutarse.

* * *

El mar brillaba como un espejo. Wheeler hizo que el aparato describiera un amplio círculo descendente, redujo gases con suavidad y el casco de canoa del hidroavión tomó contacto con una superficie apenas rizada. Al cabo de unos momentos, se detuvo.

A contraluna, se divisaba la negra silueta de la isla, como una mancha negra que emergía del horizonte en forma de cono de base muy amplia. Sycamore abandonó su asiento y se acercó a la escotilla lateral.

Wheeler se acercó y le ayudó a lanzar al mar la balsa, de inflado automático. Cuando la embarcación flotó sobre las aguas, pasaron a

bordo el equipo de que se había provisto el joven.

Soplaba una brisa moderada del Nordeste. Sycamore empalmó los dos cubos de metal que servirían de mástil, colocó la verga transversal y soltó las ligaduras que sujetaban la seda de la vela. La balsa empezó a moverse en el acto.

Wheeler aguardó unos momentos, hasta que la embarcación estuvo a unos cincuenta metros del aparato, cuyos motores no se habían detenido durante la parada. Volvió a su puesto, dio gas, aceleró, y unos momentos después, se perdía en la distancia

Una hora más tarde, Sycamore arrió la vela y empuñó los remos, cubriendo así los últimos metros. No tardó en tocar tierra.

Saltó fuera, tiró de la amarra y sacó la proa de la balsa. Luego agarró una mochila que había llevado consigo y emprendió la ascensión hacia lo alto.

La vigilancia durante la noche era poco menos que nula.

Sin embargo, en una ocasión tuvo que esconderse de una patrulla de dos hombres, que recorrían la isla desganadamente. Una hora más tarde, se encontraba al pie del grupo de rocas.

Encendió una linterna. Alguien dormía sobre la paja, al otro lado de la reja de fuertes barrotes. Sonrió, mientras hacía que los rayos luminosos cayeran sobre el rostro de Flavia, cubierto en parte por sus cabellos.

La joven se agitó. Sycamore empezó a manipular en la cerradura. Flavia se incorporó de pronto.

—No, por favor, ya le dije todo lo que sabía...

—Calma, preciosa, soy yo —dijo Sycamore suavemente.

Ella se sentó de golpe en el suelo.

— ¡Lear!

— Baja la voz, reina. ¿Quieres que nos oigan?

—Dios mío, no puedo creerlo...

La cerradura cedió. Sycamore entró, agarró a Flavia por los brazos, la hizo levantarse y besó con fuerza sus labios.

—Y ahora, ¿lo crees?

Ella sonrió.

—Es una forma muy bonita de hacerme saber que no estoy soñando —dijo.

—La mejor forma —convino él.

— ¿Tienes alguna embarcación preparada?

—No. Pero tampoco nos hará falta. Flavia, ¿te han zurrado?

—Si, Lear.

— ¿Quién?

—Onstrot, el mayordomo. Fue él quien...

—De modo que lo has reconocido al fin.

—En efecto.

—Debe de ser el hombre de confianza de Van Eakirt, ¿verdad?

—Es su verdadero sicario, el que hace todo lo que éste le ordena, sea lo que sea...

Sycamore echó mano nuevamente a su mochila.

—Perdona, encanto —dijo—, Había olvidado una cosa.

Sacó un frasquito de metal y se lo ofreció.

—Es un buen coñac —indicó.

Flavia tomó un par de sorbos.

—Ahora me siento un poco mejor —declaró.

—Lo celebro, porque tienes que servirme de guía. Tú conoces bien el terreno, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Adónde vamos ahora?

—A la casa. Hay allí una caja fuerte, me imagino.

—Sí, pero no conoces la combinación...

—Sé cómo abrirla. Rixdale me ha ayudado muchísimo.

—Pero el «Sol Rojo» no está allí...

—Sí, está.

— ¿Cómo lo sabes? —se asombró Flavia.

Sycamore le guiñó un ojo.

—Me lo dijo un pajarito. ¿Puedes caminar sin necesidad de ayuda?

—Claro. Oye, ¿cómo se te ocurrió venir a la cueva...?

—Sabía que te habían secuestrado. Van Eakirt no podía tenerte en la casa, dejando que te movieras con entera libertad. El calabozo puede ser un truco en ocasiones, pero también sirve para amedrentar a las personas.

—Es cierto. Me sentía muy deprimida...

Sycamore se colocó la mochila nuevamente a la espalda. Luego pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Anda, vamos —dijo persuasivamente.

Tuvieron que esquivar a otra patrulla, pero Flavia le guió sin vacilar hasta el despacho privado de Van Eakirt. Una vez allí, indicó dónde estaba la caja fuerte.

Sycamore se aplicó al trabajo de inmediato, utilizando no sólo su experiencia personal, sino también las enseñanzas de Rixdale. Media hora más tarde, la puerta de la caja fuerte giró a un lado.

—Bien, aquí está —dijo, a la vez que metía la mano en el interior y sacaba una caja de terciopelo negro.

Había también algunos fajos de billetes, de los que se apropió sin el menor escrúpulo, guardándolos luego en la mochila. Finalmente, puso la caja sobre la mesa y levantó la tapa.

Flavia lanzó un grito de asombro.

— ¡No está!

Sycamore respingó, pero no tardó en reaccionar. Metió la mano en el bolsillo y sacó el duplicado de la joya, dejándola sobre el raso blanco.

—Ya ha vuelto —dijo.

Flavia se sentía pasmada.

— ¿Dónde la encontraste? —preguntó.

—Ha sido un viaje de ida y vuelta, sazonado con unos cuantos tiros, que han matado a varios tipos, los cuales fueron solamente peones de un juego que no sólo no comprendían, sino que ni siquiera sabían lo estaban jugando. Una especie de círculo infernal, una tramoya ideada por un sujeto en apuros, mediante la cual esperaba resolver ciertos problemas personales que le tienen, como suele decirse, con la soga al cuello. O, si lo prefieres, con el agua al cuello o agarrado al clásico clavo ardiendo del náufrago...

—Exacto —sonó de pronto una voz extraña—. Una serie de definiciones muy ajustadas a la realidad de las cosas, pero que no

podrán repetir ninguno de los dos a otras personas.

Sycamore se volvió. A su lado, Flavia emitió un gritito de susto.

Van Eakirt, envuelto en un lujoso batín de seda, sonreía, mientras les apuntaba con una pistola de peñas dimensiones.

CAPITULO XII

—Si, el robo fue simularlo, pero, por fortuna, usted me ha devuelto la piedra —añadió Van Eakirt—. Sin embargo, no lo dirán a nadie.

—Piensa matarnos, supongo —dijo el joven.

—Lo siento.

—No lo siente. Al menos, sea sincero, Justus.

Van Eakirt se encogió de hombros.

—Como guste —repuso—. Francamente, los dos son demasiado honrados y me pondrían en un serio aprieto si les dejara marchar de la isla.

—No le pagarán la indemnización concertada con la compañía de seguros —vaticinó el joven.

— ¿Cómo lo sabe usted?

—Hay varias razones, y todas ellas de peso suficiente para evitar la estafa de un millón de dólares, suma a la que asciende el seguro concertado. La primera de ellas es que la piedra está en su poder.

—Oficialmente, sigue robada —dijo Van Eakirt.

—Usted, en tiempos, fue un astuto negociante y prosperó muchísimo, pero ahora está poco menos que arrumado. Sus negocios tenían mucho de fachada, con muy poco al otro lado. Pero si fue astuto negociante, en otras cosas resultó absolutamente ingenuo. Vamos, hombre, pero ¿es que podía creer que el robo de una piedra que vale millón y medio podía pasar desapercibido para ciertos elementos del hampa? ¿Por qué, si no se cree que intervinieron Johnny Fohler? ¿Por qué, si no, se cree que intervinieron Johnny Fohler y sus compinches? ¿Qué me dice de Muckoo, Torby y Carney? Sus propósitos —continuó el joven—, podían ser secretos, pero no algunos de los aspectos del caso. ¿Acaso pensó también que la compañía de seguros se quedaría cruzada de brazos y le pagaría sin más que su palabra de que había sido robado?

Van Eakirt entornó los ojos.

—He recibido un mensaje. La semana próxima me abonarán la indemnización concertada con la póliza de seguros.

—Ese mensaje es una cortina de humo. Lo envíe yo. Porque da la casualidad de que trabajo para esa compañía de seguros.

Van Eakirt se puso rígido.

—Usted es un detective privado...

—En esta ocasión, empleado por la compañía aseguradora, como en otros muchos casos. Suelo actuar bajo el seudónimo de Morgan y, habitualmente, mi pelo es negro y uso bigote. Había estado actuando en un caso difícil y no quería que me reconociesen como Morgan. Por eso se confundieron sus esbirros.

Sonó una maldición.

—Debería darle una buena lección —rugió Van Eakirt.

Un hombre apareció silenciosamente.

— ¿Puedo serle útil en algo, señor? —consultó.

—Hombre, Onstrot —exclamó el joven alegremente, al ver al mayordomo—. Llega usted muy a tiempo.

—Tenemos que deshacernos de ellos, Félix —gruñó Van Eakirt.

—Eso es fácil, señor —contestó Onstrot.

Y sacó también una pistola. Sin amedrentarse, Sycamore levantó una mano.

—Estamos resignados a nuestro cruel destino —dijo irónicamente—. Pero antes, ¿puedo añadir algunas palabras?

—Sea breve —dijo Van Eakirt.

—Muy bien. Usted ya tiene el rubí de nuevo. Quizá retire la reclamación, pero siempre le queda la piedra para venderla y resolver sus problemas financieros, ¿no es cierto?

—En efecto, así es. Usted ha tenido la gentileza de devolvérmela, pero después de todo lo que ha pasado, comprenderá que no puedo permitir que se vaya de la isla.

—En su lugar, yo haría lo mismo, Justus. Pero, si no le importa, voy a hacerle una pequeña demostración.

Cogió el falso rubí con dos dedos, lo mantuvo en alto unos segundos y luego lo dejó caer al suelo. Acto seguido, empezó a darle taconazos, hasta que el cristal rojo quedó reducido a minúsculos fragmentos.

—Era falso —dijo.

* * *

Hubo un instante de silencio. Van Eakirt tenía los ojos muy abiertos. Sus labios temblaban de furia.

—Usted... usted ha destruido algo que vale millón y medio... —tartamudeó, incapaz de articular dos palabras seguidas.

—No se preocupe, Justus —dijo el joven alegremente—. Su «Sol Rojo» está intacto. Dígale a Félix que desenrosque el tacón derecho de su zapato.

De nuevo se produjo otro silencio. Van Eakirt empezó a comprender.

—Félix, tú... maldito traidor...

—Sí, le traicionó —dijo Sycamore sin inmutarse—. El hombre en quien más confiaba, su brazo derecho, su «alter ego», sabía que el barco estaba hundiéndose y empezó a preparar su bote salvavidas, simulando que alistaba al suyo. Usted, Justus, se habría hundido y él se habría salvado, con los bolsillos bien llenos.

Onstrot emitió un juramento.

—Maldito entrometido... Usted no lo repetirá a nadie...

Súbitamente, estalló una detonación.

Onstrot se tambaleó, sorprendido por el inesperado disparo que Van Eakirt le había hecho. Pero la mano de Van Eakirt temblaba de furia y su bala hirió a Onstrot sólo ligeramente en un costado.

Onstrot se revolvió. Cuando Van Eakirt se disponía a hacer fuego nuevamente, él se anticipó, disparándole al pecho.

Sonaron cuatro detonaciones más. Tres procedían del arma de Onstrot. Van Eakirt había apretado el gatillo una vez más, pero su pistola apuntaba al techo, porque estaba cayendo hacia atrás.

Sus anchos hombros chocaron contra el suelo. Pataleó violentamente, a la vez que chillaba como un perro atropellado. Mientras, Sycamore se había apoderado de un pesado cenicero de vidrio que había encima de la mesa.

Volando como si fuese un plato, el cenicero alcanzó a Onstrot en un lado de la cara y lo derribó al suelo. Sycamore saltó hacia el sujeto y le quitó la pistola, lanzándola a un lado.

Onstrot, aturdido, no pudo reaccionar. Sycamore se arrodilló, agarró su tobillo derecho con una mano y con la otra dio un movimiento de giro al tacón de su zapato.

Algo cayó al suelo. El brillo que emitía el «Sol Rojo» no podía compararse ni de lejos con el de la imitación.

Onstrot se retorció de dolor en el suelo. Sycamore se puso en pie, con la piedra en la mano.

—Lo tiene muy mal —dijo—, Latimer está preso y declarará que usted le contrató para matar a Fohler y a sus dos compinches. Sin hablar de las muertes de Myers, Barillo y Pickett. Y, por descontado, la de Van Eakirt.

Sonaron unos pasos en el vestíbulo. Un par de individuos armados aparecieron en el umbral.

—Levanten las manos —ordenó uno de ellos.

—No se molesten, hermanos —dijo Sycamore—. Lo mató él —señaló a Onstrot, todavía caído en el suelo.

Flavia levantó las manos, pero en la izquierda tenía algo.

—Dejen caer sus armas al suelo —ordenó—. Soy la sargento Doringen, de la Policía del Estado de Florida. Por supuesto, pueden disparar y matarnos, pero entonces tendría; mucho que explicar a mis

compañeros, que llegarán a la isla apenas sea de día.

Los dos guardaespaldas contemplando asombrados la placa oficial. Uno de ellos dejó caer la metralleta al suelo.

—No queremos complicaciones con la ley, sargento.

—Así está mejor, gracias —sonrió ella.

Miró al joven.

—Apuesto algo a que tú lo sabías —añadió.

—Es cierto.

—¿Te lo dijo alguien?

—Tú misma.

—¿Yo? Es la primera vez que menciono...

—Cuando fuimos al almacén donde estaba secuestrado Andy Crewe, tú adoptaste una posición como sólo lo hacen los policías entrenados para el uso de las armas. ¿Lo recuerdas?

Ella sonrió.

—El gesto me traicionó —dijo.

—Si.

—Pero tenía que hacerlo, me parece.

—¿Quién te lo reprocha, tesoro? Bien, sargento, estoy dispuesto a ayudarte en tu cometido oficial. ¿Qué tienes que mandarme?

—Lo primero de todo, deja el dinero que has cogido de la caja.

—No. Van Eakirt me debía una gran suma. Eso no llega ni de lejos a lo que me prometió...

—Lear, te he dado una orden. Oficialmente.

—Lo siento, nena —contestó él, obstinado.

Flavia apretó los labios. De pronto, se echó a reír

—Muy bien —dijo—. Te apuesto cinco dólares contra cinco centavos, a que antes de dos días tú mismo me devuelve; el dinero.

—Aceptada la apuesta —contestó él rápidamente.

* * *

Con aire satisfecho, Sycamore entró en el despacho de Rixdale y arrojó sobre la mesa un enorme fajo de billetes.

—Cincuenta y cinco mil —dijo—. Cuéntalos, por favor, Marty.

Rixdale no pronunció una palabra. Sacó uno de los billetes de cien» dólares, lo contempló al trasluz por el anverso y el reverso, sacó luego una lupa, volvió a examinar el billete y, al fin, miró al joven con un solo ojo.

—Si fuesen de papel más fino, me ahorraría un rollo de papel higiénico —dijo al cabo.

—¿Qué? —Gritó el joven—, Marty, no me engañes...

Detrás de Sycamore sonó una voz de tonos joviales.

—Lear, me debes cinco dólares. Y págamelos en billetes legítimos

—dijo Flavia.

Sycamore se volvió. Ella reía burlonamente.

—Lo sabías —adivinó él.

—Sí. Ese era uno de los motivos de mi estancia en la isla, como secretaria de Van Eakirt. Sospechábamos que, entre sus varios negocios nada limpios, se dedicaba a «pasar» billetes falsos.

—Nena, esa clase de investigaciones corren a cargo del Tesoro.

—Acordaron que lo haríamos nosotros. No querían que Van Eakirt sospechase.

—Ya —Sycamore se quedó pensativo un instante—. Con que secretaria, ¿eh? —añadió, punzante.

—Aunque no lo creas, sólo eso fue lo que hice allí —respondió la muchacha.

Sycamore sonrió.

¿Por qué no creerte, sargento?

Flavia movió una mano.

—Dame esos billetes. Luego iremos a tu casa, a recoger el esto. Son pruebas de un delito, Lear.

Sycamore se volvió hacia Rixdale.

—Lo siento. Marty.

—Me debes cincuenta mil —gruñó el sujeto.

—Tengo solamente ocho mil en el Banco...

—El «Sol Rojo» ha sido recuperado y Van Eakirt tiene herederos legítimos. Tu compañía pagará un cinco por ciento del valor de la piedra, como recompensa. Son setenta y cinco mil dólares, así que todavía te sobrarán veinticinco mil para los gastos de boda —dijo Rixdale.

— ¿Qué boda? —respingó Sycamore.

—La tuya, con esa preciosa muchacha que tienes al lado. ¿Me equivoco, sargento?

Flavia sonrió.

—Acierta... si él quiere —contestó.

Sycamore alzó los brazos al cielo, a la vez que lanzaba un profundo suspiro.

—Vista la situación, no me queda otro remedio que decir si —exclamó.

Miró a Flavia y pasó un brazo por su cintura.

—Afortunadamente, no eres un clavo ardiendo —agregó.

—Pero puedo quemar.

—Empieza a quemarme, reina.

— ¡Fuera! —Vociferó Rixdale—. Si quieren hacerse arrumacos, váyanse a otra parte.

Sycamore y Flavia se echaron a reír. Ella puso el dinero falso en una bolsa que llevaba a prevención y luego se encaminó hacia la

puerta.

—Lear —dijo, ya en la calle.

—Sí, dulzura.

—Dejarás que tu pelo vuelva a su color natural. Con el pelo negro, debes de estar guapísimo.

—Me lo teñiré hoy mismo. Puedes hacerlo tú, si quieres.

—Encantada, pero... no te dejes bigote.

—Si ése es tu deseo... ¿No tienes nada más que ordenarme?

Flavia tiró de él hacia el coche.

— ¡Vamos a sacar la licencia de matrimonio! —exclamó.

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!



Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**